



Scalabrini

el Santo de los migrantes

Ha pasado más de un siglo desde la muerte de Scalabrini. ¿Por qué después de tantos años la Iglesia lo proclama santo? ¿Y qué significado puede tener esta proclamación para nosotros, mujeres y hombres del tercer milenio, ya tan alejados de la época en que vivió Scalabrini?

Las razones del largo proceso que sólo ahora ha llevado a su canonización son bastante conocidas. En primer lugar, la crisis que vivió la Congregación de los Misioneros de San Carlos, fundada por él, tras su muerte. En segundo lugar, la oposición a las opiniones de Scalabrini sobre la conciliación entre la Iglesia y el Estado. Y luego está la sabia prudencia que la Iglesia utiliza especialmente para el reconocimiento oficial de la santidad de un cristiano. Sin embargo, el proceso no se detuvo. Por el contrario, el Papa Francisco, reconociendo la devoción de la que goza Scalabrini en muchas partes del mundo, sintió la necesidad de acelerar el proceso y concedió una dispensa para el segundo milagro. Por eso, más que el largo retraso en llegar a la canonización, debe causar extrañeza que la Iglesia, y en particular el Santo Padre, haya querido esta canonización en nuestro tiempo y la haya querido con un procedimiento inusual, la dispensa del segundo milagro. La Iglesia actual necesita un santo como Scalabrini, parece decir el Papa Francisco. Scalabrini, un santo del siglo XIX, pero en realidad un santo sin tiempo.

¿Qué significado puede tener entonces este reconocimiento y qué mensaje quiere enviar el Santo Padre al proclamar a Scalabrini como santo? Entre las muchas actividades que caracterizaron su vida como pastor, la que más brilla es su pasión por los emigrantes. La migración fue uno de los grandes temas sociales de la época de Scalabrini y lo sigue siendo hoy. El Santo Padre ha prestado especial atención a las migraciones durante sus años de pontificado, y en Scalabrini quiere señalar el modelo de pastor que se dedica a los migrantes con una actitud particular.

En primer lugar, la pasión de Scalabrini por los inmigrantes nació de la emoción. La compasión indica un alma que sabe mirar las cosas no con la mirada superficial de la indiferencia, sino con ojos que se dejan golpear y humedecer. La mirada conmovida no olvida fácilmente. Scalabrini no podía olvidar las escenas de

los emigrantes que había visto y a ese tormento tenía que dar una respuesta.

En segundo lugar, Scalabrini buscó respuestas concretas a la situación de los inmigrantes. Primero que todo, trató de implicar a la Iglesia y al Estado en este fenómeno social y, después, de sensibilizar a la sociedad civil mediante escritos y conferencias. Denunció la explotación a la que eran sometidos a los migrantes, trabajó por una legislación que protegiera sus derechos, hizo que encontrarán apoyo en el primer y más difícil momento, el de la partida y la llegada a otro país, a través de la San Rafael, una sociedad de ayuda mutua.

Sobre todo, Scalabrini miraba la migración con el corazón de un pastor, plenamente dedicado a transmitir la fe. Era la angustia que los emigrantes le expresaban en sus cartas y, como obispo, se avergonzaba de la falta de apoyo a la fe en la que se encontraban. Por eso, primero fundó los Misioneros de San Carlos y luego las Hermanas Misioneras de San Carlos, dejándoles como modelo un santo de incansable entrega pastoral. Para la transmisión de la fe, Scalabrini destacó la importancia de la catequesis de forma original y anticipada. La misión con los emigrantes es verdaderamente misión, una misión que la emigración ha globalizado sin necesidad de ir lejos.

Por último, Scalabrini fue más allá de las consideraciones sobre las dificultades a las que se enfrentan los migrantes y su abandono social y religioso. Con una mirada profética, vio en la migración una de las grandes fuerzas transformadoras de la humanidad, rendiendo relativas las barreras que se levantan continuamente, y sobre todo un instrumento de la Providencia para la realización del plan de salvación de la humanidad.

Son obispos como Scalabrini los que la Iglesia necesita hoy, firmemente anclados en su territorio, pero capaces de abarcar los horizontes más amplios donde se está forjando la nueva humanidad. Por eso el Papa lo proclama santo, por eso nos fijamos en él y nos ponemos a su disposición para que los emigrantes de hoy encuentren la acogida y la protección que necesitan y el mundo se deje cambiar. La migración es un fenómeno social de todos los tiempos. Scalabrini es un santo sin tiempo.

P. Graziano Battistella, cs,
Postulador General

PREFACIO

Esta pequeña biografía de San Juan Bautista Scalabrini es una reedición de una obra anterior del misionero Scalabriniano P. Benito Gallo, con sus colaboradores P. Pierino Cuman y P. Carlo Galli, publicada en 1997, con motivo de la beatificación de Juan Bautista Scalabrini. En esta edición se ha intentado destacar cómo la espiritualidad de Scalabrini se basa en la "Encarnación del Hijo de Dios, hecho hombre en Jesucristo, para hacer a los hombres hijos de Dios". La consecuencia es que el cristiano participa activamente en el progreso de la historia ya que esta ya es el Reino de Dios el que debe desarrollarse hasta alcanzar su plenitud, bajo el cuidadoso gobierno de la Providencia. Así pues, hemos dado cierto relieve a los grandes acontecimientos históricos, civiles y sociales del siglo XIX y principios del XX, en los que Scalabrini participó activamente, con un espíritu realista y profético. Tal vez para los lectores italianos o euro-

peos estos acontecimientos sean familiares, pero hemos tenido en cuenta a los lectores más jóvenes, alejados de esa época, y a los que pertenecen a otras naciones y probablemente no estén familiarizados con la historia italiana y las grandes revoluciones europeas de 1800. Las imágenes, junto con la configuración gráfica, son obra de la Oficina de Prensa y Comunicación de la Región Afro europea, dirigida por el P. Gabriele Beltrami, cs.

Piacenza - Casa Madre, Septiembre 2022

Padre Mario Toffari, c.s.



NACIMIENTO EN FINO MORNASCO

8 de julio de 1839

Fino Mornasco: una pequeña ciudad en la provincia de Como, en la carretera hacia Milán. Está coronada en el horizonte por unas montañas que bordean el famoso lago y que fueron immortalizadas por Alessandro Manzoni.

Aquí, el 8 de julio de 1839, hubo una gran fiesta. Celebración en casa de los esposos Luigi y Colomba Scalabrini por el nacimiento de su tercer hijo, al que llamaron Juan Bautista; celebración en la iglesia parroquial, donde el niño fue bautizado el mismo día; celebración también en la pequeña plaza del pueblo, porque, cerca de la iglesia, el padre Luigi tenía una tienda de vinos. Celebración, por tanto, en todo el pueblo.

En esta fecha, Italia estaba dividida en trece estados, definidos por las potencias absolutistas en el Congreso de Viena de 1815, que creían poder anular todas las esperanzas reales o presuntas traídas por Napoleón. Dominando a todos ellos estaba el potentado de la muy católica Austria, que extendía su dominio sobre todos los territorios de Como.

Italia desde el 1815 al 1859



LA FAMILIA SCALABRINI

El padre Luigi era un buen hombre, un cristiano a la antigua. Su hijo Juan Bautista lo presentará un día como "un antiguo patriarca, lleno de fe y esperanza en Dios". Iría vivir para ver a su hijo elegido obispo de Piacenza. Su madre, Colomba, también poseía una profunda fe cristiana. El hijo siempre cultivó un gran afecto por ella. Confiesa que fue su madre quien le inculcó ese amor por la Eucaristía, el Crucifijo, la Virgen María y los Santos, que marcó toda su vida.

Juan Bautista tenía dos hermanos mayores, Antonio y Giuseppe. Estos conocieron una vida bastante tormentosa. El primero se hizo cargo de la tienda de su padre, pero acabó en la quiebra. El segundo intentó emigrar y naufragó frente a las costas de Perú. Así, Juan Bautista experimentó el drama de la emigración ya en su propia casa. Mejor suerte corrieron sus dos hermanos y sus tres hermanas menores. Pietro se marchó a Argentina y alcanzó el éxito, dedicándose a la enseñanza y a la investigación científica. Publicó escritos políticos y filosóficos y dio nombre a varios fósiles que descubrió. Fue fundador y director de los Museos de Historia Natural de Corrientes y Paraná y del Museo Escolar de Buenos Aires. Aquí obtuvo una cátedra universitaria de ciencias naturales. También fue vicegobernador de Paraná. Angelo, licenciado en literatura y filosofía, enseñó en el Liceo Volta de Como; luego, empleado del Ministerio de Educación Pública, se convirtió en inspector general de las escuelas italianas en el extranjero. Habiéndose alejado de la fe a causa de las doctrinas materialistas del positivismo, fue conducido de nuevo a ella por las atenciones de su hermano, a quien confió en una noble carta que había renunciado incluso a una posible promoción profesional en el Estado italiano, para no poner a su hermano obispo en dificultades.

Mantuvo excelentes relaciones con sus hermanas Giuseppina Giacinta y Maria Maddalena, madre, entre otros, de dos sacerdotes, Monseñor Attilio Bianchi que, tras algunos cargos en el Vaticano, se hizo monje camaldulense, y Don Alfonso Bianchi, que ejerció su ministerio en la zona de Como. Pero la "favorita" de San J. B. Scalabrini era su hermana menor, Luisa. Asumió la dirección del jardín de infancia creado por su hermano, el párroco de San Bartolomé, en Como; más tarde compitió con él en obras sociales y caritativas; fundó el orfanato Immacolata en Camerlata (Como). En 1937 fue la única de los hermanos que pudo testificar a favor de Juan Bautista en el proceso diocesano de beatificación, iniciado el año anterior.

LOS AÑOS ESCOLARES

Después de terminar la escuela primaria en Fino Mornasco, de 1851 a 1857, asistió al gimnasio-liceo Volta en Como, hospedándose en la casa de la familia de un amigo en la ciudad. Iba a Como los lunes y volvía los sábados, a pie.

A menudo reunía a los chicos en el patio y les contaba las cosas interesantes que había aprendido durante la semana. Además, pasaba largas horas con su madre, sin perder la oportunidad de ayudar a los demás y reservando un espacio para la oración.

Pero el liceo de Como estaba en crisis: tres años antes, en la cercana Milán, en 1848, el pueblo logró expulsar a los austriacos durante cinco días, pero luego el general Radetzky retomó la ciudad y llevó a cabo una dura represión. El Reino de Sardeña declaró la guerra a Austria: el Gran Ducado de Toscana, el Reino de Sicilia y los Estados Pontificios se aliaron con él. Muchos sacerdotes apoyaban a los revolucionarios, algunos obispos escribieron a los párrocos para invitar a los fieles a alistarse. Pero pronto las cosas cambiaron: los Borbones de Sicilia y el Gran Duque de Toscana se retiraron, al descubrir que había muchos revolucionarios también en sus tierras y que sus estados acabarían como Austria. En este ambiente, Pío IX pronunció su discurso ante el consistorio del 29 de abril de 1848, en el que repudió la acción de su ejército que había penetrado en el Véneto. El cambio de postura se debió a la imposibilidad política de luchar contra una gran potencia católica como Austria, que amenazaba con un cisma. Las consecuencias del gesto de Pío IX fueron considerables. Especialmente impresionado por ello, Carlos Alberto escribió: "El discurso del Papa es un hecho que puede tener inmensas consecuencias. Sin duda, perjudicará a la causa de la independencia italiana". Esto abrió así un doble frente católico tanto entre los jóvenes, tradicionalistas y revolucionarios, como entre los sacerdotes, los primeros preocupados por la unidad nacional, los otros por el poder de la Iglesia. Incluso en Como, tres sacerdotes estaban en la lista de personas "sujetas a vigilancia política" (patriotas), pero



un sacerdote colaboracionista, Fontana, impuesto por Radetzky presidía el Consejo Municipal de Como. Así, la pregunta comenzó a insinuarse: "¿Pero la Iglesia y los cristianos están en contra de la unidad de la Patria?" A los 18 años, habiendo superado brillantemente sus estudios y con el estímulo positivo del preboste de Fino Mornasco, Don Filippo Gatti, tomó entonces la gran decisión: hacerse sacerdote.

SACERDOTE

SEMINARISTA

Octubre 1857

Era octubre de 1857 cuando, con inquietud y entusiasmo al mismo tiempo, acompañado por su padre Luigi, Juan Bautista cruzó el umbral del seminario menor de Sant'Abbondio, en Como, donde cursó dos años de bachillerato. Luego pasó al seminario mayor para cursar sus cuatro años de teología.

Encontró un excelente ambiente en todas partes, tanto entre sus profesores como entre sus compañeros, entre los que cabe recordar a San Luigi Guanella.

Siempre mantuvo un carácter afable y generoso; se comprometió seriamente con sus estudios. Le gustaba aprender de todo, no sólo teología, sino también las ciencias modernas. Era especialmente aficionado a los idiomas: conocía el latín, el griego y el hebreo; se expresaba bien en francés y alemán (más tarde también en portugués); entendía el inglés.

Durante este periodo, Italia experimentó el proceso de unidad política a través de los movimientos del Risorgimento, los plebiscitos y la Segunda Guerra de Independencia. Como fue ocupada por Garibaldi en 1859 y finalmente en 1861 se proclamó el Reino de Italia. Garibaldi, con la Expedición de los Mil, había conquistado todo el Reino de los Borbones en el sur de Italia: sólo faltaban para la unificación el Véneto (bajo Austria) y los Estados Pontificios, cuyo territorio se había reducido al Lacio.

No sabemos cómo reaccionó el seminarista Scalabrini ante estos acontecimientos, cuya valoración a menudo situaba incluso al clero en posiciones contrastadas. Teniendo en cuenta lo que ocurriría después, podemos anticipar que vio bien la unificación de Italia, pero que buscó una solución no al poder, sino a la libertad de la Iglesia.



Seminario de Sant'Abbondio - Como

El Reino de Italia en el 1861



SACERDOTE

30 de mayo de 1863

Juan Bautista fue ordenado sacerdote el 30 de mayo de 1863. Todavía no tenía 24 años. Pasó los primeros cuatro meses como sustituto en varias parroquias de la diócesis.

Su sueño de ser misionero en las Indias encontró el permiso de mamá, pero no el del obispo Giuseppe Marzorati, quien, teniendo otros planes para él, le dijo sin dudarle: "Tus Indias son Italia".

Al final del verano, fue nombrado vicerrector y profesor de historia y griego en el seminario menor de Sant'Abbondio. Allí permaneció siete años, realizando con pasión la tarea de formar a los futuros sacerdotes de la diócesis. Cultivó las actividades pastorales y sociales cuando se le presentó la oportunidad. Durante las vacaciones de verano, se ocupaba de las parroquias de Valtellina, donde era testigo presencial de la emigración estacional de los habitantes del valle a los países europeos.

Pero en 1866, en la tercera guerra de la independencia, Italia se anexionó el Véneto, Mantua y parte del Friuli.

En el verano del 67 hizo todo lo posible por ayudar a los enfermos de cólera en Portichetto di Fino Mornasco, hasta el punto de recibir una medalla al valor civil.

En octubre de 1868, fue elevado a "rector". De esta época data el inicio de su amistad con el futuro obispo de Cremona, Geremia Bonomelli, entonces párroco de Lovere, invitado a predicar un curso de ejercicios espirituales. Con motivo del primer aniversario de la muerte de su amigo, Bonomelli recordaba aquel encuentro con profunda emoción: "Vernos, hablarnos, sentir una estrecha amistad era uno; y esa amistad, tan estrecha, tan querida, tan afectuosa, duró inalterada hasta el 1 de junio del año pasado, cuando Scalabrini dejó la tierra por el cielo".

El Concilio Vaticano I y la "Breccia di Porta Pia"

Scalabrini era rector del seminario de Como cuando se celebró el Concilio Ecuménico Vaticano I, convocado por Pío IX en 1868: fue el primer Concilio al que no fueron invitados los representantes de los poderes temporales del mundo católico para reafirmar la visión de Pío IX de la Iglesia como sociedad cristiana restaurada. La Iglesia, de hecho, se sentía bastante segura



Italia después de las guerras 1866-1870

políticamente, ya que el gobierno italiano había trasladado la capital de Turín a Florencia en 1865, para dar a entender que Roma nunca lo sería, y en 1866 había obtenido el Véneto gracias a los buenos oficios de la Francia de Napoleón III, quien, por cierto, era considerado el verdadero protector de la Iglesia de Roma. El Concilio sólo consiguió aprobar dos documentos, dos Constituciones dogmáticas: la "Dei Filius" el 24 de abril de 1870 y la "Pastor Aeternus" el 18 de julio de 1870. El primero trataba de la situación de la difusión de la "doctrina del racionalismo, o naturalismo, que, combatiendo en todo a la religión cristiana precisamente por ser de institución sobrenatural, se esfuerza con todos los esfuerzos por conseguir que, habiendo desterrado a Cristo (nuestro único Señor y Salvador) tanto de la mente de los hombres como de la vida y costumbres de los pueblos, se establezca el reinado -como ellos dicen- de la razón pura y de la naturaleza". Además, se definió el concepto de inspiración divina de la Biblia. En la segunda Constitución, sin embargo, se abordó el papel del Pontífice en la Iglesia y se de-

finió la infalibilidad del Papa. En cuanto a la conveniencia, y no al contenido, de esta definición, hubo una considerable discordancia en el Consejo, que, sin embargo, llegó a su fin una vez hecha la definición. Pero los acontecimientos políticos se precipitaron: en julio de 1870, Napoleón III, protector de la Iglesia, perdió la guerra franco-prusiana: fue, de hecho, la luz verde para que el Estado italiano ocupara Roma, lo que tuvo lugar en septiembre de 1870. A esto le siguió el traslado de la monarquía y el gobierno a Roma en 1871 y la proclamación de las famosas "garantías" ["guarentigie"], leyes del Estado italiano, que supuestamente garantizaban la libertad del Papa. Este no aceptó convertirse en súbdito del Reino de Italia, se encerró en Castel Sant'Angelo y se prohibió a los católicos participar en la vida política: "ni elegidos, ni electores". El Concilio fue suspendido 'sine die': el Papa Juan XXI-II lo declararía clausurado, antes de abrir el Concilio Vaticano II. Pero mientras tanto, los católicos seguían preguntándose cómo era posible ser verdaderos ciudadanos italianos y seguir siendo católicos.

En el Seminario de Como, desde hace años se libraba una lucha implacable entre los *Intransigenti* contra el Estado italiano y los *Transigenti*, más proclives al diálogo con el mismo Estado. El rector Scalabrini, con amplitud de miras y buscando siempre la voluntad de Dios en la historia humana, buscó una solución que salvaguardara la unidad de Italia y la independencia de la Iglesia. Para ello contaba con grandes amigos, como Don Serafino Balestra, llamado el apóstol de los sordomudos, de quien Scalabrini aprendió el amor por esos infelices, y el "método fónico", que le permitiría comunicarse con ellos no mediante la mímica, sino con la palabra leída en los labios. Pero también tenía grandes enemigos, los intransigentes, que querían que se pusiera de su lado. La máquina de calumnias comenzó. El obispo, para protegerlo, lo nombró párroco de una de las parroquias más grandes y difíciles de la periferia de Como: San Bartolomeo, una comunidad de unos 6.000 habitantes. Fue su buena suerte o, quizás mejor, la realización del plan de la Providencia.



Parroquia de San Bartolomé - Como

PARROCO

12 de mayo de 1870

Scalabrini fue nombrado párroco el 12 de mayo de 1870. Así hablaba él mismo de su nuevo apostolado, escribiendo a su hermano Pietro: "Me encuentro muy contento de haber abandonado la dirección del Seminario, que me resultaba pesada... Aquí escuchan bien mi voz. Si vieras mi iglesia de San Bartolomé en los días de fiesta, te asombrarías de ver una multitud verdaderamente extraordinaria de personas pendientes de los labios de su párroco, siempre deseosas de escuchar la Palabra de Dios".

En su programa pastoral tenía en cuenta a todas las categorías de personas. Para los más pequeños creó un jardín de infancia (1874), que confió al cuidado de su hermana Luisa y que acogió a unos 200 niños; también compuso un "Pequeño Catecismo", escrito con el método silábico, una novedad para aquellos tiempos.

La fama de Scalabrini en el campo de la catequesis comenzó a afirmarse, hasta el punto de que el obispo le encargó la elaboración de un Proyecto para la creación de las Escuelas de Doctrina Cristiana en la diócesis de Como. Al mismo tiempo, puso en marcha un oratorio para niños, y ellos mismos colaboraron generosamente aportando piedras y madera para la construcción.

También se ocupó de los sordomudos, utilizando los descubrimientos científicos de su amigo Balestra. No se olvidó de los enfermos, para los que promovió la obra de la San Vincenzo.

Tenía especial predilección por el mundo del trabajo, en el que se empezaban a notar los efectos perversos de

la transición, políticamente incontrolada y dejada a la negociación privada, del sistema agrícola y artesanal al industrial: los grandes movimientos obreros que iban a escribir la historia de finales de 1800 hasta todo el siglo XX se iniciaban en estos años.

El principal recurso económico de la zona de Como era entonces la industria de la seda. Muchos de sus feligreses la trabajaban en casa. Sin embargo, con demasiada frecuencia, las crisis laborales recurrentes, debidas a la época de transición, recaían sobre ellos.

En su defensa, Scalabrini fundó una "Sociedad de Ayuda Mutua" en la parroquia y, al mismo tiempo, intervino personalmente ante los industriales de la seda para conseguir trabajo para sus fieles. Él llevaría consigo el drama de esa época y como obispo sabría dar una respuesta adecuada. Sin embargo, reservó lo mejor de sus fuerzas para la educación religiosa de los fieles y la predicación de la Palabra de Dios. En este campo se distinguió por sus dotes de comunicador, especialmente en 1872.

Sólo habían pasado dos años desde la interrupción del Concilio Vaticano I y Scalabrini fue llamado a dar 11 conferencias sobre el evento en la Catedral de Como. Fue un verdadero éxito tanto por el numeroso público que acudió a escucharle como por la claridad y profundidad teológica de su exposición. La posición de Scalabrini era clara: sí a los argumentos de la razón, no a la pretensión de la razón de ser la única fuente de la verdad y del destino de la humanidad. Además, se expresó claramente un juicio objetivo sobre las doctrinas materialistas de la época, con sus repercusiones negativas en la vida de la Iglesia y sus instituciones. Estas conferencias tuvieron una amplia resonancia. Al año siguiente se decidió hacerlas imprimir: se hicieron cuatro ediciones en italiano, más las traducciones al francés y al alemán. Scalabrini envió un ejemplar al Papa Pío IX, que quedó encantado. Era un presagio de su próximo nombramiento como obispo.

El cuarto poder - Giuseppe Pellizza da Volpedo



OBISPO

Pío IX trató de incluir, entre los nuevos obispos, a jóvenes sacerdotes con una definida "orientación romana", dotados de una probada práctica pastoral más que de altos grados académicos.

Su mirada se posó también en Don Juan Bautista. Se lo había indicado San Juan Bosco, que había hecho publicar en la imprenta del Oratorio de San Francisco de Sales la segunda parte del ciclo de dos conferencias: las relativas al Papa.

"En cuanto a mí, deudor de todos, según mis fuerzas, abrazaré a todos con mi ministerio, haciéndome servidor de todos por el Evangelio, y enviado en primer lugar a los pobres y a los más miserables, que trazan miserablemente su vida en la desolación, sufriré con ellos, dando mi trabajo sobre todo para ayudar y evangelizar a los pobres".

(Carta pastoral al clero y al pueblo de la ciudad y la diócesis de Piacenza - 30 de enero de 1876)

CONSAGRACIÓN EPISCOPAL

30 de enero de 1876

El 13 de diciembre de 1875, Scalabrini recibió la notificación de Roma de que el Santo Padre le había elegido como obispo de la importante diócesis de Piacenza. Intentó tergiversar, alegando su juventud (36 años) y su inexperiencia en el gobierno. Pero Pío IX había decidido y sólo le quedaba la obediencia como expresión de la voluntad de Dios.

Fue consagrado el 30 de enero de 1876, de manos del Cardenal Alessandro Franchi, en la capilla del "Collegio Urbano de Propaganda Fide" de Roma. En el viaje de vuelta, pasando en tren por la provincia de Piacenza, se arrodilló y rezó.

Scalabrini joven obispo





Catedral de Piacenza

ENTRADA A PIACENZA

13 de febrero de 1876

La entrada solemne en Piacenza tuvo lugar en la mañana del 13 de febrero de 1876. Era un día soleado. El nuevo obispo causó inmediatamente una buena impresión en la gente: joven, guapo, de mirada inteligente y sonrisa cautivadora. La gente, intercambiando las primeras impresiones, exclamó: "¡Cma l'è bell! (¡qué guapo es!)". Al entrar en la catedral, el obispo Scalabrini la encontró repleta de fieles. Subió al púlpito y pronunció un vibrante discurso ante la multitud, que se mostró emocionada y entusiasta. Por primera vez tuvo en sus manos el báculo que Pío IX le había regalado con motivo de su consagración episcopal y en el que estaba escrito: "*Charitatis potestas*" (la fuerza del amor). Al entregársela, el Papa le había dicho: "Que ésta sea la regla de tu gobierno espiritual".

Por su parte, había elegido como escudo episcopal la "escalera de Jacob", con un ángel que desciende y otro que asciende; en la parte superior el ojo de Dios y en la inferior la inscripción: "*Video Dominum innixum scalae*" (Veo al Señor en lo alto de la escalera).

En estos dos símbolos (el báculo pastoral como "fuerza del amor" y la "escalera de Jacob" con el Señor dominando la historia humana desde lo alto) encontramos todo el programa pastoral del joven obispo de Piacenza: un inmenso amor a Dios, que se transforma en un amor sin límites hacia sus hermanos.

HOMBRE DE DIOS

La actividad pastoral y social de monseñor Scalabrini fue muy amplia. Encontraba su profunda inspiración en una sólida teología, que le inculcó una fe sin límites en el Dios de Jesucristo: Jesús encarnado para hacer del hombre el hijo de Dios, continúa su obra hoy y, especialmente con la Eucaristía, "nos incorpora a sí mismo y nos diviniza". Por eso Scalabrini era un enamorado de la Eucaristía: ante ella pasaba horas enteras en adoración y meditación; a ella dedicó el III Sínodo Diocesano (1899). La cruz, cuyo misterio revive en la Eucaristía, se convirtió en el centro de su vida espiritual. La amaba con verdadera pasión. A menudo, apretando la

cruz pectoral contra su corazón, repetía: "Fac me cruce inebriari" (embriágame con la cruz).

En esta perspectiva, refiriéndose a San Pablo, él ve al Hijo de Dios presente y activo en el camino de la humanidad: Jesús, que reúne a los hombres en una sola familia y los conduce a la unificación en Dios.

Otro aspecto de su espiritualidad fue su profundo afecto por la Virgen, la cual ocupa un lugar destacado en el misterio de la Encarnación de Jesús. Derramó su amor por María en sus homilías, así como en sus frecuentes peregrinaciones a santuarios marianos.

Prefería las fiestas de Nuestra Señora, y en particular la de la Inmaculada Concepción, en cuya festividad quiso celebrar los acontecimientos más importantes de su ministerio.

Hay que recordar la ternura con la que ofreció las joyas de su madre a la Virgen de San Marcos (Bedonia), a la Virgen Milagrosa de San Savino (Piacenza) y a la Santísima Virgen del Castillo (Rivergaro). A este último santuario realizó una gran peregrinación el 7 de mayo de 1905 (unos días antes de su muerte) y allí pronunció su último y conmovedor discurso sobre la Virgen.

También era muy devoto de los santos. Porque estaba convencido de que su ejemplo podía ser una barrera válida contra las tendencias antirreligiosas que se divulgaban en la época. Toda esta sólida espiritualidad -que le hacía sentir que Dios, el Hijo Jesús, la Virgen Madre y los santos seguían presentes en la vida de la humanidad- alimentaba diariamente su diálogo con Dios ("que es la parte más activa, más fuerte, más poderosa del apostolado") y al mismo tiempo apoyaba su acción pastoral.

VISITAS PASTORALES

La diócesis, con una superficie de 2.162 kilómetros cuadrados en la provincia de Piacenza y 914 kilómetros cuadrados en la provincia de Parma, se extendía casi la mitad en las montañas y el resto en las colinas y llanuras.

La población era de 241.000 habitantes, con 366 parroquias, muchas de las cuales tenían un número reducido de habitantes. Había 795 sacerdotes, 60 de los cuales eran religiosos.

Económicamente, la mayor parte del territorio estaba ocupado por la agricultura, trabajada con métodos tradicionales. Le seguía a distancia la industria de la seda, el algodón y el lino, que a menudo se enfrentaba a la competencia de las industrias vecinas de Lombardía. En resumen, el mercado laboral no era suficiente para una población bastante numerosa. Y muchas familias se vieron obligadas a emigrar.

La vida religiosa también dejaba que desear, tanto por parte de los fieles, poco instruidos en la fe, como de los sacerdotes, no siempre preparados intelectual y espiritualmente y a menudo demasiado alejados del pueblo.

El corazón de Scalabrini ardía con el anhelo de conocer más y mejor a su pueblo. Quería poder decir con Cristo: "Conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen". De ahí la realización de las cinco visitas pastorales, que a lo largo de treinta años le llevaron a todas las parroquias de la diócesis. Muchos de ellos no habían visto a su obispo durante tres siglos. En invierno visitaba las parroquias de la ciudad y de la llanura; en verano, las de la montaña. A veces tenía que trepar por caminos peligrosos, agarrado al cuello de su montura, para no caer.

Pero cuando, tras agotadoras horas de escalada, llegaba al pueblo, la gente acogía con entusiasmo a su pastor, que enseguida se ocupaba de las confesiones, las visitas a los enfermos, las bendiciones a los cementerios y las consagraciones de iglesias (200 durante todo su episcopado).

Ni se contaban después los matrimonios regularizados, los escándalos eliminados, y los viejos odios extinguidos; y la vida religiosa florecía en todas partes.

Las visitas pastorales también le sirvieron para recoger estadísticas sobre las condiciones de sus fieles: en particular los sordomudos, los ciegos, los huérfanos y los emigrantes. Comprobó, por ejemplo, que los que habían abandonado su tierra natal eran unos 28.000, es decir, el 11% de toda la población de la diócesis. Eran datos y cifras que irían a inspirar un aspecto original de su futura acción apostólica. Esos contactos con sacerdotes y fieles también le sugirieron ideas para imponerse como un auténtico innovador en el gobierno de la diócesis. Adoptó nuevos métodos pastorales, superó una mentalidad totalmente administrativa-burocrática, estableció un contacto directo con el clero y el pueblo.



Scalabrini en visita pastoral a Borgotaro (PC)

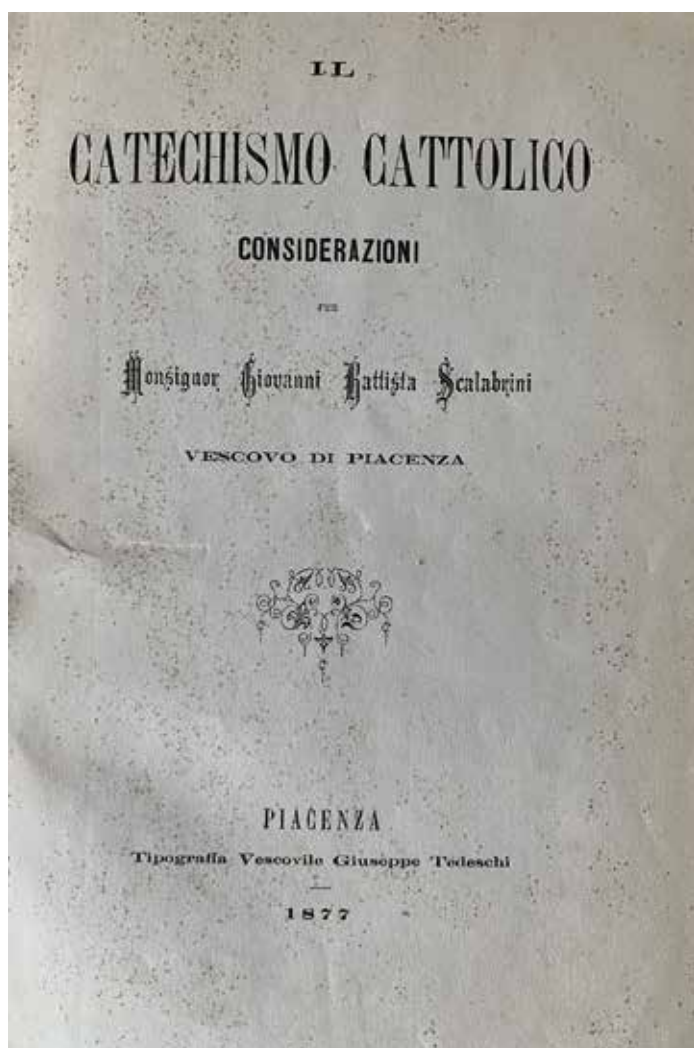
FORMADOR DE SACERDOTES

Monseñor Scalabrini, dada la experiencia pastoral que ya tenía en la parroquia de San Bartolomé de Como y gracias a los contactos que estableció inmediatamente con los sacerdotes y los fieles durante las visitas pastorales, no tuvo dificultad en identificar dos dimensiones prioritarias de su acción: la formación de los sacerdotes y la promoción cristiana de los laicos.

En primer lugar, la formación de los sacerdotes. En aquella época, la diócesis contaba con tres seminarios: el Seminario Urbano, el Seminario de Bedonia y el Colegio Alberoni. En 1876 estos seminarios albergaban a 184 clérigos, que -seleccionados con mayor rigor- se redujeron a unos cuarenta al cabo de unos años.

El obispo también trabajó personalmente para promover las vocaciones sacerdotales. Para ayudar a los clérigos pobres, creó en 1892 la Opera di Sant'Opilio (que lleva el nombre de un joven diácono de Piacenza de los primeros siglos de la Iglesia).

Además de la dirección espiritual de los clérigos, se ocupó de su formación escolástica: puso al día la enseñanza de la filosofía y la teología, dotó al seminario de un gabinete de física y -con la ayuda de su amigo Antonio Stoppani- lo enriqueció con un museo de ciencias naturales. En cuanto a los sacerdotes -todavía en 1876- reintrodujo la obligación de los ejercicios espirituales anuales y la tradición de las reuniones periódicas para discutir los problemas morales.



Volvió a tomar en sus manos la vida de la diócesis, principalmente a través de los sínodos diocesanos, que no se celebraban desde hacía 156 años. El primero (1879) sirvió para sentar las bases de un proyecto de reforma de la vida diocesana. El segundo se celebró al comienzo de la cuarta visita pastoral (1893) sobre los temas de la instrucción catequética y la predicación. El tercero (1899), ya en el umbral del siglo XX, estaba dedicado a la Eucaristía, y quedó en los anales de la diócesis como el más rico de contundencia religiosa.

APÓSTOL DEL CATECISMO

La segunda dimensión prioritaria de la labor pastoral de monseñor Scalabrini fue la promoción cristiana de los laicos a partir de la catequesis. Apenas dos meses después de entrar en la diócesis, envió a todos una carta pastoral titulada *Sull'insegnamento*

del catechismo (Sobre la enseñanza del catecismo), que retomaba la investigación sobre la catequesis ya realizada en Como. Exigió que cada parroquia tuviera una Compañía de Doctrina Cristiana y que la instrucción religiosa se impartiera en cuatro niveles: Escuela de Pequeño Catecismo, Escuela de Primera Comunión, Escuela de Catecismo de Perseverancia; y para los adultos había un "Catecismo de Adultos", que prepararía a los padres para discutir los problemas religiosos con sus hijos. Se trata de un programa claro, en el que participan cristianos de todas las edades.

Promovió la publicación del Catecismo Católico (5 de julio de 1877) (FOTO: EDICIÓN CATECISMO 1877), la primera revista catequética italiana, que más tarde se convirtió en nacional (1889) y duró hasta 1940. La revista tuvo un gran éxito: al cabo de un año contaba con 900 suscriptores, entre ellos cinco cardenales y 37 obispos.

El Papa Pío IX había seguido con gran interés los esfuerzos de Scalabrini en el campo de la catequesis. En una audiencia celebrada el 7 de junio de 1877, expresó su satisfacción declarando: *"Hoy se cuida demasiado el segundo piso de las casas, pero se presta muy poca atención al primer piso, que también es fundamental. El catecismo es precisamente el fundamento del que debe partir toda la predicación y la pastoral: con buenos catequistas, la sociedad se salva (...). En atestación de Nuestra identidad de opiniones, ofrecemos la cruz pectoral a Monseñor Scalabrini y señalamos en él el apóstol del catecismo"*. Así, le ofreció una preciosa cruz pectoral con una cadena de oro.

Su compromiso catequético se completó (1877) con la publicación de un volumen titulado *El catecismo católico. Consideraciones*, uno de los primeros verdaderos tratados de catequesis.

El propio León XIII, recién elegido Papa, le felicitó en una carta personal. Un obispo estadounidense, que pudo leerlo, afirmó que el texto "había sido escrito por un genio".

El primero de los catequistas era, por supuesto, el propio obispo. A menudo daba lecciones de doctrina cristiana a los jóvenes, que acudían en masa a escucharle y llenaban la sala episcopal.

No sólo los jóvenes, sino toda la diócesis respondió con entusiasmo a las expectativas de su pastor; muy pronto hubo 1.744 catequistas (1.275 laicos, 403 sacerdotes, 36 clérigos y 30 monjas), que al cabo de tres años - se convirtieron en 4.000. Por eso, en una audiencia de 1883, León XIII tuvo razón al llamar a Piacenza la ciudad del catecismo.

La catequesis alcanzó su punto álgido en el I Congreso Catequético Nacional, promovido por Scalabrini y celebrado en Piacenza del 24 al 26 de septiembre de 1889. Este fue probablemente el primer congreso de este tipo que se celebró en el mundo y tuvo una asistencia inesperada: enviaron su adhesión 10 cardenales, 25 arzobispos y

84 obispos, entre ellos monseñor Giuseppe Sarto, obispo de Mantua y futuro Papa Pío X; participaron 400 congresistas. Fue presidido oficialmente por el cardenal Alfonso Capecepolo, pero prácticamente por Scalabrini; su amigo monseñor Geronimo Bonomelli, obispo de Cremona, pronunció el discurso de clausura.

Scalabrini consideraba necesaria la existencia de un catecismo único y universal (como había pedido el Concilio Vaticano I) y al mismo tiempo diversificado según las distintas edades y categorías de personas; esta idea encontraría su primera realización en Italia a partir de San Pío X. Ubaldo Gianetto, profesor de la Universidad Pontificia Salesiana, escribe que todas estas iniciativas *"pueden realmente autorizarnos a considerar a monseñor Scalabrini como un auténtico precursor y promotor del actual movimiento catequético en Italia y también en otros países"* (1987).

HERALDO DE LA PALABRA

Monseñor Scalabrini cultivó una verdadera pasión por la Palabra de Dios. Y le gustaba predicarla, como él mismo confesó a su hermano Pietro, no apenas lo hicieron párroco de San Bartolomé.

Como obispo, decidió acompañar cada liturgia pontificia que celebraba en la catedral con su homilía; y siempre -según sus contemporáneos- conseguía ser "nuevo" e interesar a sus oyentes. Poseía las dotes del orador. Todas las 500 iglesias de la diócesis de Piacenza escucharon varias veces su cálida y encantadora voz durante las visitas pastorales. Para darse cuenta de lo mucho que le gustaba comunicarse con el público a través de la palabra, basta con recordar que - durante los 100 días de su viaje a Estados Unidos (1901) - pronunció nada menos que 340 discursos. También utilizó otros canales para intervenir en los problemas de su tiempo. Imprimió varios folletos precisos y oportunos sobre los diversos debates eclesiales y sociales de la época. Publicó 60 Cartas Pastorales, algunas de las cuales tuvieron gran resonancia. La de la Cuaresma de 1887, titulada Católicos de nombre y católicos de hecho, publicada en un clima recalentado por los problemas político-religiosos, tuvo tres ediciones en dos meses.

También utilizó la prensa para anunciar y comentar las encíclicas papales. Él mismo fundó varios órganos de información: el mensual *"Il catechista cattolico"* (1876) y el quincenal *"L'amico del popolo"*, que en 1896 se convirtió en diario y pasó a ser el órgano oficial de los católicos de Piacenza.



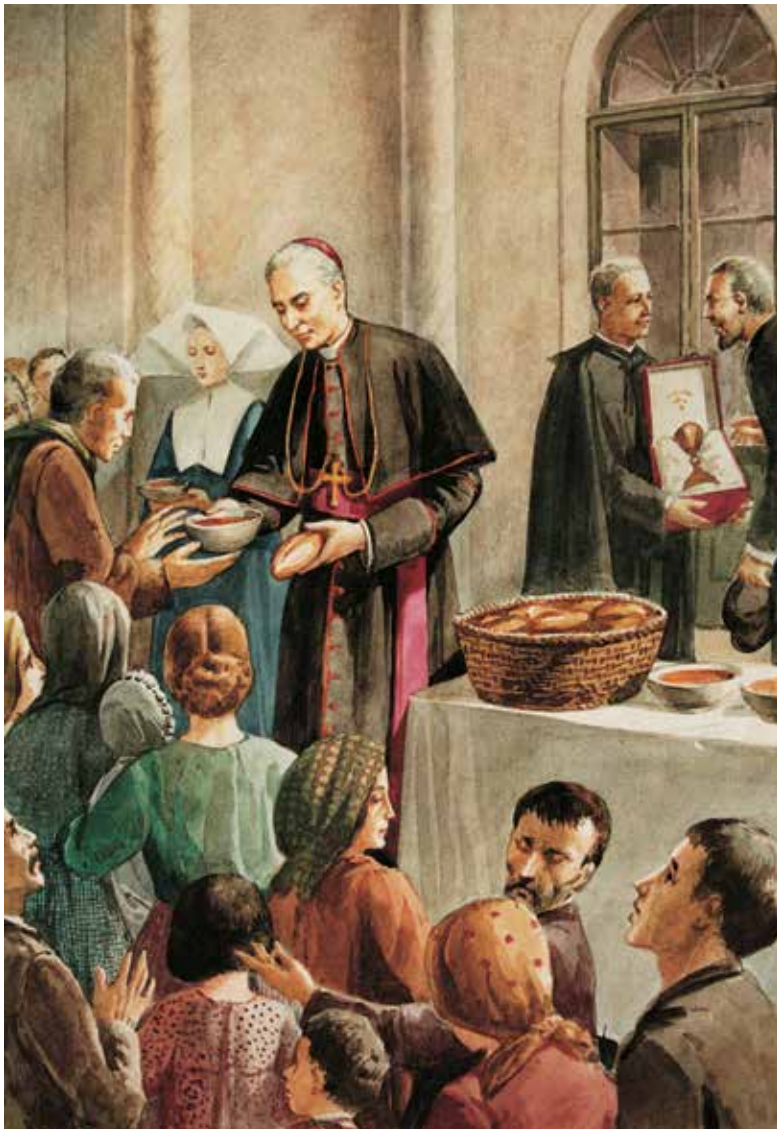
Scalabrini corona la estatua de Nuestra Señora de Las Gracias del Castillo de Rivergato - 1902

SIERVO DE TODOS

Toda la vida de Scalabrini estuvo marcada por un profundo amor a sus hermanos y hermanas, especialmente a los más débiles. Sus ejemplos de caridad heroica llamaron la atención de todos, especialmente durante las calamidades públicas.

Durante el invierno de 1879-1880, una terrible hambruna asoló la provincia de Piacenza. Inmediatamente creó un grupo directivo, con la tarea de coordinar los cinco comités ejecutivos: el de la sopa (hasta 3.000 platos al día), el de la madera, el de la harina, el de la redención de empeños y el del socorro a las "familias vergonzosas" (nobles caídos). Y el episcopado se convirtió casi en una cocina popular.

Los fondos procedían de donaciones de particulares, pero sobre todo del propio obispo, que -para hacer frente a los enormes gastos que requerían estos momentos dramáticos- no dudó en vender su carruaje y



PRECURSOR DE LA CONCILIACIÓN

El obispo de Piacenza mantuvo siempre excelentes relaciones de devoción y amistad con los tres papas bajo los que ejerció su ministerio episcopal: Pío IX, León XIII y Pío X.

León XIII acababa de ser elegido Papa (febrero de 1878), cuando Scalabrini escribió: "Obedecerte y amarte hasta la muerte, ésta será nuestra ambición, el más dulce consuelo de nuestra vida, y a tu obediencia y amor nos esforzaremos para ganar todas las almas que podamos".

Su lealtad al Papa fue puesta a prueba por los acontecimientos de la época tras la unificación de Italia y la agudización de la polémica entre transigentes e intransigentes, especialmente tras la toma de Roma y el autoaislamiento del Papa en el Castel Sant'Angelo. La actitud de Scalabrini fue siempre coherente con su profesión de obediencia y lealtad al Vicario de Cristo, pero también con su honestidad intelectual que le permitió ser franco con el Sumo Pontífice y estudiar una solución que permitiera a los católicos ser ciudadanos italianos de pleno derecho.

En 1882, el gobierno italiano promulgó una nueva ley electoral que ampliaba el sufragio popular. Scalabrini presentó entonces un memorial a la Santa Sede, en el que defendía que los católicos debían participar en las elecciones políticas.

Entonces elegirían un grupo de diputados, comprometidos a oponerse a esas leyes, que salían del parlamento formado principalmente por adherentes de grupos manifiestamente antirreligiosos y que iban en

detrimento de los derechos de la religión y de la Iglesia. Pensó que también era la manera de llegar, aunque lentamente, a una solución de la "Cuestión Romana" y a la conciliación entre Italia y el Papado. Pero de Roma sólo llegaron respuestas evasivas.

Luego, en noviembre de 1885, en un nuevo memorial a la Santa Sede, renovó su petición de una solución urgente a la "Cuestión Romana", antes de que la división entre la Iglesia y el Estado provocara el alejamiento irreversible de tantos fieles.

Para la Santa Sede -según él- era suficiente ese "tanto principado civil" como para salvaguardar la independencia y la libertad del magisterio apostólico. Poner en tela de juicio la unidad conseguida del pueblo italiano, como pedían los "intransigentes", también habría sido contraproducente para la Iglesia.

sus caballos, e incluso el precioso cáliz que le había regalado Pío IX; para ayudar a las víctimas del terremoto de Casamicciola de 1883, se privó incluso de la cruz pectoral que le ofreció el propio pontífice.

A quienes le advirtieron del peligro de quedarse sin nada, respondió: "El obispo no debe temer la miseria, ya que Jesús nació en un establo". Incluso sus adversarios tuvieron que admitir, aunque con los dientes apretados, su ilimitada caridad, acompañada de una extraordinaria capacidad de organización. El diputado Medoro Savini, nacido en Piacenza, declaró en el Parlamento: "No podemos permitir que el obispo de Piacenza tenga más corazón que nosotros... Soy poco culpable de clericalismo, pero confieso que admiro a este sacerdote y, si todos los sacerdotes se parecieran a él, ¡me haría clérigo!"

Sin embargo, desde el punto de vista político, las cosas no se aclararon. Por el contrario, el Santo Oficio dictó nuevas disposiciones, que convirtieron el *non expedit* (no está permitido que haya elegidos y electores católicos) en un *non licet* (no es lícito).

Scalabrini no tuvo más remedio que obedecer y callar, con sacrificio y espíritu de disciplina. Sin embargo, a partir de entonces, trabajó para crear en la práctica esa reconciliación entre la religión y el país, que fue una de las mayores aspiraciones de su vida. León XIII quiso premiar su heroica obediencia enviándole sus poemas, recogidos en un elegante volumen. Las cosas cambiaron finalmente con Pío X que, en 1904, permitió a los católicos bergamascos acceder a las urnas para las elecciones políticas, allanando el camino para la abolición gradual del *non expedit*. Scalabrini escribió a Bonomelli: "Con el Papa no nos va bien, sino muy bien. Es otro mundo. Que Dios le apoye" (21 de diciembre de 1904). Pero el fin de la intransigencia, Scalabrini sólo pudo verlo desde el Paraíso, cuando, diez días después de su muerte, el 11 de junio de 1905, San Pío X promulgó en italiano su Encíclica "*Fermo Propósito*", con la que dio el giro histórico al compromiso civil, social y político de los católicos. El Papa escribió: "*Los derechos civiles son muchos y variados, hasta el derecho a participar directamente en la vida política del país representando al pueblo en los órganos legislativos*". En defensa de la legítima posición de sus predecesores Pío IX y León XIII sobre el "*non expedit*" para las condiciones del Papado en su pontificado, San Pío X continuó: "*Sin embargo, otras razones igualmente serias, extraídas del supremo bien de la sociedad, que debe salvarse a toda costa, pueden exigir que en casos particulares se prescindiera de la ley, especialmente cuando vosotros, Venerables Hermanos, reconocéis la estricta necesidad por el bien de las almas y los supremos intereses de vuestras Iglesias y hacéis una petición. Ahora bien, la posibilidad de esta benigna concesión por parte de Nosotros induce el deber en todos los católicos de prepararse prudente y seriamente para la vida política, cuando sean llamados a ella. Como siempre, el grano de trigo debe morir para dar fruto.*"

Es significativo el juicio del beato Luigi Guanella, que pasaba por intransigente. Decía: "*La Iglesia es un ejército: unos pertenecen a la vanguardia, otros al centro, otros a la retaguardia. Bueno, Monseñor Scalabrini pertenece a la vanguardia, pero siempre con el Papa*".

Y aún más reveladora es la panorámica histórica que el Papa San Pablo VI hizo de este convulso período, en un discurso a los Scalabrinianos en la audiencia general del



16 de octubre de 1968: "*Vuestro Fundador fue famoso por algunas de sus posiciones que, podemos decir, anticiparon los acontecimientos de la historia de los católicos en Italia, porque tenía sus puntos de vista particulares, entonces muy discutidos, pero clarividentes, sobre la posición del pueblo en el Estado italiano, y sobre la participación, entonces excluida, de los católicos en la vida pública del país. Nunca aprobó la fórmula entonces vigente: ni elegidos ni electores, ¿verdad? Y esto le valió una gran discusión, pero también el mérito de haber intuido cuál debía ser la posición de los católicos en este país*". Mención especial merece la generosidad con la que Scalabrini supo perdonar a sus adversarios y reconciliarse con ellos. "El poder del amor" superó los conflictos de la política. Nunca le faltaron antagonistas: se llamaban ateos, enemigos de la fe, intransigentes acérrimos o lo que fuera: a todos Scalabrini les concedía siempre su perdón.

ANIMADOR SOCIAL

En 1874, para unificar la acción religiosa, social y política de los católicos, nació en Italia la *"Opera dei Congressi"*. El obispo de Piacenza también la acogió, favoreciendo la creación de su propio comité diocesano (1881).

Sin embargo, pretendía profundizar en la labor de evangelización y de acción social cristiana. Reveló su proyecto el 16 de mayo de 1896 con la Carta Pastoral sobre la Acción Católica.

En ella convocó a todos los fieles en nombre de su vocación bautismal, los invitó a reunirse en Asociación y a comprometerse en la acción, bajo las directrices del Papa y de los obispos, únicos responsables de guiar la actividad pastoral de la Iglesia.

La diócesis respondió inmediatamente con generosidad. En 1897, apenas un año después del llamamiento del obispo, ya había 227 juntas parroquiales con 6.164 miembros. Todo ello fue fruto de la clarividente planificación de Scalabrini, que llegó a decir: *"Si en una parroquia no se*

podiera fundar una Junta Parroquial, aunque fuera con pocas personas, esa parroquia merecería ser suprimida".

Scalabrini preveía que *"la clase obrera"* se alejaría definitivamente de la Iglesia si ésta no se abría a sus justas exigencias.

Ya en su discurso por el tercer centenario de la muerte de San Luis Gonzaga (1891), afirmaba: *"En nuestros días es casi imposible hacer volver a la clase obrera a la Iglesia, si no mantenemos una relación continua con ella fuera de la Iglesia. Debemos salir del templo si queremos ejercer una acción saludable en el templo"*.

En su Carta Pastoral de 1892, titulada *El Sacerdote Católico*, escribió: *"El sacerdote no sólo es el hombre de la Iglesia, el hombre de Dios; sino que es el hombre social por excelencia"*.

En 1899, un año después de los trágicos sucesos ocurridos durante la Fiesta del Trabajo de 1898 (también murieron tres personas en Piacenza), que culminaron con la masacre de Milán, donde los obreros fueron abatidos a tiros por el general plenipotenciario Bava Beccaris, escribió el folleto *"El socialismo y la acción del clero"*, en el que nos dejó un testimonio incontestable de su capacidad para leer la historia y proponer soluciones proféticas: *"Viendo toda esa miseria... (causada por la salvaje revolución industrial, n.d.r.), me parecía que el mal provenía no tanto de la voluntad de los individuos como de la forma en que se organizaba el trabajo y pensaba que era bueno para todos poder encontrar condiciones más justas. Si el trabajo mejora el capital, ¿por qué no debería haber un mayor reparto de beneficios, para que el trabajador tenga una alimentación suficiente, sana y segura? Si el trabajo es una ley física y un deber moral, ¿por qué no debería convertirse en un derecho legal? Si la educación es un deber, ¿por qué no dar tiempo al trabajador para que se eduque limitando la edad y las horas de trabajo? Si la higiene es una obligación social, ¿por qué se permiten trabajos que envenenan y acortan la vida sin el debido cuidado? Si la integridad personal y el bienestar son dos conquistas de la civilización moderna, ¿por qué no se asegura la vida del trabajador contra el infortunio, y no se prevé decentemente su vejez desvalida?"* De dos cosas estaba convencido: *"el socialismo demagógico no puede ser superado sino oponiéndole otro socialismo"*, a saber, la acción social cristiana (abril de 1899) y que: *"lo bueno y lo justo no muda su naturaleza por el hecho de ser defendidos incluso por los malos"*, es decir, por los que no son miembros de la Iglesia, relacionados con doctrinas contrarias a ella, contrarias a las de la Iglesia.

Por ello, se comprometió a crear Sociedades Obreras en todas las parroquias; instó a la fundación de Cajas Rurales, Cajas de Ahorro, Sociedades de Ayuda Mutua y de Seguros, Cooperativas de Consumo.

Exaltó la Encíclica *"Rerum novarum"* de León XIII, la primera encíclica social de la Iglesia, definida por muchos como un texto muy importante, que junto con el *"Manifiesto"* de Marx y Engels y el *"Ensayo sobre la libertad"* de Mill, ofrece un cuadro completo de las posiciones sociales que se remontan a la *"cuestión social"*, al nacimiento de la burguesía y a las políticas sociales, todavía hoy en busca de síntesis.





Emigrantes italianos a Ellis Island - 1902

EL GRAN ÉXODO

Hacia mediados del siglo XIX, Italia experimentó un fenómeno de excepcional importancia: la emigración. Al principio, partían principalmente de las regiones del norte. Miles y miles de hombres, sobre todo "trabajadores estacionales", abandonaban los países de los Alpes y los Prealpes para ir a trabajar a los países más cercanos y desarrollados: Austria, Alemania, Suiza, Francia y Bélgica; luego el fenómeno se extendió hasta convertirse en uno de los dramas más graves de la historia social de Italia. Por un lado, la agricultura, que aún carecía de medios modernos de mecanización, no podía alimentar a una población en rápido crecimiento (de 1861 a 1901 la población residente aumentó de 7.850.000 personas, pasando de 25.850.000 a 33.700.000). Por otro lado, la industria, aún en ciernes y dejada a la total libertad de los empresarios, no pudo ofrecer suficientes puestos de trabajo. A los desempleados sólo les quedaba una opción: emigrar. Así, cada vez más italianos de todas las re-

giones de la península se vieron obligados a abandonar su patria. De 1876 a 1905 (los treinta años de monseñor Scalabrini) emigraron unos 8 millones de italianos: más de 3,8 millones en Europa y más de 4 millones en América, de los cuales: 1.771.000 a Estados Unidos, 1.080.000 a Argentina, 1.014.000 a Brasil. El punto álgido fue en 1913: en ese año emigraron 872.598 italianos (559.566 a América, 313.032 a Europa). Reclutados por "agentes de emigración" sin escrúpulos, que malgastaban todos sus ahorros, eran abarrotados como bestias en las bodegas insalubres de los barcos. Y una vez desembarcados, a menudo eran víctimas de nuevos explotadores, que los contrataban con contratos de verdadera esclavitud. El gobierno italiano, aún a sus primeros pasos, no estaba preparado para este fenómeno y no pudo proteger a sus ciudadanos. Ni siquiera la Iglesia sabía aún qué hacer; y sus hijos, abandonados a su suerte, corrían el riesgo de perder su herencia de fe y tradiciones cristianas.



Emigrantes en la Hospedaría de San Pablo - 1890

LAS MIGRACIONES:

"Un signo de los tiempos".

Aquel gigantesco éxodo de familias italianas corría el riesgo de convertirse en un inmenso fracaso social y religioso, o podía convertirse en una ocasión providencial para el anuncio de la fe cristiana en tierras lejanas. En otras palabras, las migraciones -a finales del siglo pasado- podían leerse como un "signo de los tiempos" por el que Dios llamaba a la acción a todas las "buenas voluntades" de la comunidad cristiana, invitándolas a no abandonar a los migrantes a su suerte, sino a ayudarles a ser portadores de la fe en todo el mundo. Varios hombres iluminados por el Espíritu supieron discernir este "signo de los tiempos" y responder con iniciativas concretas. Entre los pioneros había tres santos: San Vicente Pallotti, San Juan Bosco, el obispo de Filadelfia San Juan Nepomuceno Neumann y, además, el obispo de Cremona Monseñor Geremia Bonomelli. En 1900 fundó una gran organización de sacerdotes y laicos, que tomó el nombre de Opera Bonomelli y se ocupó de la emigración italiana a Europa. El beato cardenal Andrea Ferrari de Milán envió sacerdotes a París para los emigrantes italianos. Entre ellos, sin embargo, destacó el obispo de Piacenza, monseñor Giovanni Battista Scalabrini.

EN LA ESTACIÓN DE MILÁN

Scalabrini ya estaba familiarizado con el problema de la migración cuando, siendo un joven sacerdote, ejercía su ministerio en Valtellina durante el verano. Lo comentó durante las visitas pastorales a las parroquias de su diócesis de Piacenza, que también se vio afectada por este triste fenómeno. La propia estación de Piacenza ofrecía un espectáculo casi diario de personas que salían de las regiones vecinas para embarcarse hacia Génova. Un día, en Milán, se produjo "el rayo". Scalabrini pasaba por la estación y se sintió profundamente impresionado al ver una multitud de personas pobres, mal vestidas y mal alimentadas que esperaban el tren para salir al extranjero. En su folleto *L'emigrazione italiana in America* (1887) relata la profunda emoción que aquella visión imprimió en su espíritu: "Una ola de pensamientos tristes anudó mi corazón. quién sabe qué cúmulo de desventuras y privaciones les hace parecer dulce un paso tan doloroso!... ¿Cuántos desengaños, cuántos nuevos dolores les prepara el porvenir incierto? ... ¿Cuántos si bien encontrando el pan para el cuerpo, perderán el del alma, no menos necesario que el primero y perderán, en una vida totalmente material, la fe de sus padres? (...). Ante esta situación tan lacrimógena, me



Las plataformas de la antigua estación central de Milán

sube el rubor a la cara, me siento humillado en mi condición de sacerdote y de italiano y me pregunto: ¿Cómo puedo acudir en su ayuda?" Así pues, el drama de la emigración le llevó a comprometer toda su vida para dar una respuesta, tanto en el plano de las realizaciones concretas, en el plano de la reflexión cristiana, como en el plano de la animación concreta de las legislaciones de los Estados. Lo veía como un problema social, pero también como una oportunidad para reconciliar la religión y la patria mediante una colaboración concreta entre la Iglesia y el Estado; lo veía como un peligro para la pérdida de la fe de los emigrantes, pero también como una posibilidad de evangelizar otros países.

1887: funda la Congregación de los Misioneros de San Carlos para la asistencia a los emigrantes italianos y publica el folleto "La emigración italiana en América".

1888: interviene con fuerza en el debate nacional sobre la emigración con el panfleto "Proyecto de ley sobre la emigración italiana".

1889: convence a la Madre Francisca Javier Cabrini para que envíe a sus propias Hermanas entre los emigrantes italianos en los Estados Unidos y funda la "Sociedad San Rafael" que compromete a numerosos laicos en el campo de la emigración.

1891-92: recorre toda Italia y celebra conferencias en numerosas ciudades para movilizar a la opinión pública sobre los problemas de la emigración (Génova, Roma, Florencia y Milán en 1891; Lucca, Palermo, Treviso y Pavia en 1892).

1895: funda la Congregación de las Hermanas Misioneras de San Carlos.

1900: concede el reconocimiento diocesano a las Hermanas Apóstoles del Sagrado Corazón, fundadas por Sor Clelia Merloni, aprueba sus reglas por un decenio y las envía entre los emigrantes italianos a Brasil y Estados Unidos.

1901: visita a las comunidades italianas y a sus misioneros en Estados Unidos.

1903: funda la revista mensual "Congregación de los Misioneros de San Carlos para los italianos que emigran a América". Tras su muerte, la revista tomó el título de "L'Emigrato italiano in America".

1904: visita a las comunidades italianas y a sus misioneros en Brasil.

1905: propone una Comisión Central para los emigrantes católicos de todas las nacionalidades a la Santa Sede.

HOMBRE DE ACCIÓN

En aquella época, muchos políticos y literatos se mantenían al margen o se limitaban a condenar el fenómeno de la emigración. Scalabrini, en cambio, lo abordó con todas sus fuerzas y estuvo en primera línea durante casi veinte años. El cuadro anterior ofrece un rápido resumen de sus intervenciones. Desde el punto de vista político, Scalabrini resumía sus convicciones con el lema: "Libertad para emigrar, pero no para hacer emigrar". En otras palabras, reconocía que todo hombre tiene derecho a elegir una patria, pero al mismo tiempo condenaba a los poderes públicos, que daban vía libre a los "agentes de la emigración" que eran verdaderos "mercaderes de carne humana" (como él los llamaba) y que a menudo llevaban a la ruina a tantos desgraciados. Siguió exigiendo al Estado italiano una verdadera política migratoria, tal y como exigía un fenómeno que no era en absoluto pasajero, sino estructural. En este sentido, luchó contra los "proyectos de ley" del gobierno, que no resolvían nada; sólo con la "Ley Visconti Venosta" de 1901 tuvo la satisfacción de ver sus propuestas aceptadas por el parlamento italiano. Especialmente providencial fue la asociación de laicos que Scalabrini fundó en 1889 y que cinco años después tomó el nombre de "Sociedad de San Rafael" (en honor al arcángel que fue compañero de viaje del joven Tobías). Scalabrini también la apoyó con fuerza a través de numerosas conferencias sobre la emigración. Y creó varios comités en diferentes ciudades, sobre todo en ciudades costeras, en Italia y en el extranjero. Los más activos fueron los de Génova, Nueva York y Boston. San Raffaele" promovió la asistencia religiosa y sanitaria a los emigrantes durante el viaje; abrió escuelas para el mantenimiento de la cultura italiana; garantizó la asistencia jurídica y ofreció un conjunto de iniciativas para

ayudar a los emigrantes a superar las dificultades de su primera integración. También le pedía a la Iglesia que proporcionara una atención pastoral específica, incluida la preservación de la lengua y la cultura de los inmigrantes, como medio indispensable para defender su fe y sus tradiciones. Para ello, se necesitaban sacerdotes italianos para los emigrantes italianos, así como sacerdotes alemanes y polacos para sus compatriotas.

PROFETA DE LOS NUEVOS TIEMPOS

Scalabrini veía en las migraciones del mundo la mano de la Providencia, que unifica el mundo: "Mientras los pueblos caen, se levantan y se renuevan; mientras las razas se mezclan, se extienden y se funden; a través del ruido de nuestras máquinas por encima de este trabajo febril, de todas estas obras gigantescas, y no sin ellas, madura aquí abajo una obra mucho más vasta, mucho más sublime: la unión en Dios por Jesucristo de todos los hombres de buena voluntad". (Discurso ante el Club Católico de Nueva York, 1901). La misma idea se encuentra también en su "testamento espiritual", escrito menos de un mes antes de su muerte. En él, pedía la creación de una Comisión Central para los emigrantes católicos de todas las nacionalidades en la Santa Sede. Escribió: "ya

no son supresiones de pueblos, sino fusiones, adaptaciones en las que las diferentes nacionalidades se encuentran, se cruzan, se revigorizan y dan lugar a otros pueblos en los que, incluso en su disimilitud, predominan caracteres determinados y tendencias religiosas y civiles determinadas (...). La Iglesia católica está llamada por su apostolado divino y su tradición secular a dar su impronta a este gran movimiento social, que tiene como objetivo la restauración económica y la fusión de los pueblos cristianos". En este sentido, se preguntaba con gran realismo: "¿Qué sentido tendría enviar misioneros al mundo para difundir la fe cristiana entre los infieles, si no nos preocupáramos luego por los millones de emigrantes cristianos, que ya poseen esta fe pero corren el riesgo de perderla por estar abandonados a su suerte?" Varias de sus intuiciones encontrarán su realización en el curso de la continua renovación doctrinal, religiosa, social y política de la pastoral de la Iglesia en favor de la migración. Su nombre reaparecerá en importantes documentos del magisterio eclesiástico relativos a las migraciones y la Congregación de los Misioneros Scalabrinianos consagrará el ideal de Scalabrini en sus propias reglas de vida, en las que se afirma: "Teniendo en cuenta la voluntad de la Iglesia, las intenciones del Fundador y los acontecimientos de la Congregación, confirmamos la elección preferente, entre los destinatarios de nuestra misión, de los emigrantes que experimentan más agudamente el drama de la migración".

Scalabrini en el puerto de Génova







Tommasi, Angiolo (1858-1923), "Los Emigrantes", 1896



FUNDADOR

Sergio Tassarolo, "Beato Scalabrini" -
Retablo en Loreto (AN)

Varios santos del siglo pasado fundaron familias religiosas para responder a las necesidades apremiantes de la época. Entre ellos ocupa un lugar especial monseñor Scalabrini, que -superando enormes dificultades- dio vida a dos Congregaciones, una masculina y otra femenina, para la asistencia espiritual y moral de los emigrantes italianos.

MISIONEROS DE SAN CARLOS

(Scalabrinianos)

La Congregación fue fundada el 28 de noviembre de 1887. En la iglesia de San Antonino de Piacenza, Scalabrini recibió el juramento de los dos primeros misioneros: el padre Domenico Mantese de Vicenza y el padre

Giuseppe Molinari de Piacenza. El párroco Monseñor Domenico Costa puso a disposición del Obispo su propia rectoría, así como la iglesia: ésta se convirtió en la primera sede de la Congregación y el propio párroco fue su primer superior. A los dos primeros misioneros se unieron pronto otros ocho (cinco sacerdotes y tres hermanos catequistas) de diferentes regiones. Así se formó un grupo de 10 misioneros, dirigidos por el rector P. Bartolomeo Roller, ya misionero en África y secretario de San Daniel Comboni.

A todos ellos, el 12 de julio de 1888, en la basílica de San Antonino, monseñor Scalabrini les entregó el crucifijo de los misioneros que partían, con la fórmula que luego se hizo sagrada: *"He aquí, hijo mío, el compañero indivisible de tus peregrinaciones apostólicas, he aquí tu consuelo indefectible en la vida no menos que en la muerte"*. El servicio fue particularmente solemne, celebrado en presencia

de una gran multitud que aplaudía. Una vez terminada la celebración, el obispo reunió a sus misioneros en la entrada de la basílica, en el lugar conocido como "Paraíso". Los abrazó uno por uno. A continuación, subieron a los carruajes proporcionados por las familias nobles de Piacenza y fueron llevados a la estación. Desde aquí, los 7 misioneros destinados a Brasil partieron hacia Génova y los 3 destinados a Nueva York tomaron el tren hasta el puerto de Le Havre (Francia). Incluso el escritor Cesare Cantù quedó impresionado y envió el siguiente mensaje: *"A vuestra bendición unid los votos de este anciano que admira un valor y una abnegación tan ajenos a toda visión humana. El mundo tendrá la ligereza de no conocerlos, la ingratitud de olvidarlos, pero ellos procederán a la Santa Misión teniendo por bandera la Cruz, por palabra de guerra: ¡Cristo hoy y Cristo siempre!"* Los aspirantes a misioneros empezaban a ser numerosos. Por lo tanto, fue necesario dejar la rectoría de Sant'Antonino y alquilar un local más espacioso en el Pio Ritiro Cerati. En 1892, Scalabrini tomó la decisión final: compró al seminario urbano un antiguo convento de capuchinos, con una iglesia contigua dedicada a San Carlos Borromeo, y lo llamó "Instituto Cristóbal Colón". Ésta se convirtió en la sede de la nueva Congregación, la "Casa Madre" de los Scalabrinianos. El 15 de marzo del mismo año, en una carta a sus misioneros, el Fundador les dio como patrón y modelo al obispo de Milán, San Carlos Borromeo. Escribió: *"Era uno de esos hombres de acción que no dudan, que no vacilan, que nunca retroceden; que en todas sus acciones vierten toda la fuerza de su convicción, toda la energía de su voluntad,*

toda la totalidad de su carácter, todo de sí mismos". Scalabrini estaba profundamente convencido de la urgencia de su obra. De hecho, durante los primeros años de la fundación para hacer frente a la emergencia, acogió a sacerdotes y religiosos de diversa procedencia con la única condición de que aceptaran comprometerse con un juramento temporal de fidelidad. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que, para garantizar la estabilidad de la Congregación, no bastaba una simple forma de agregación temporal; era necesario asegurar su futuro mediante una consagración religiosa definitiva. Inmediatamente pasó a la acción: con el permiso de la Santa Sede, el 8 de diciembre de 1894, en la recién restaurada iglesia de San Carlo de Piacenza, recibió los votos religiosos perpetuos de 17 "Scalabrinianos" (5 sacerdotes, 11 clérigos y un hermano "catequista"). "Es la primera vez", escribió en esos días, "que siento un profundo consuelo y una entera confianza en el futuro".

MISIONERAS DE SAN CARLOS

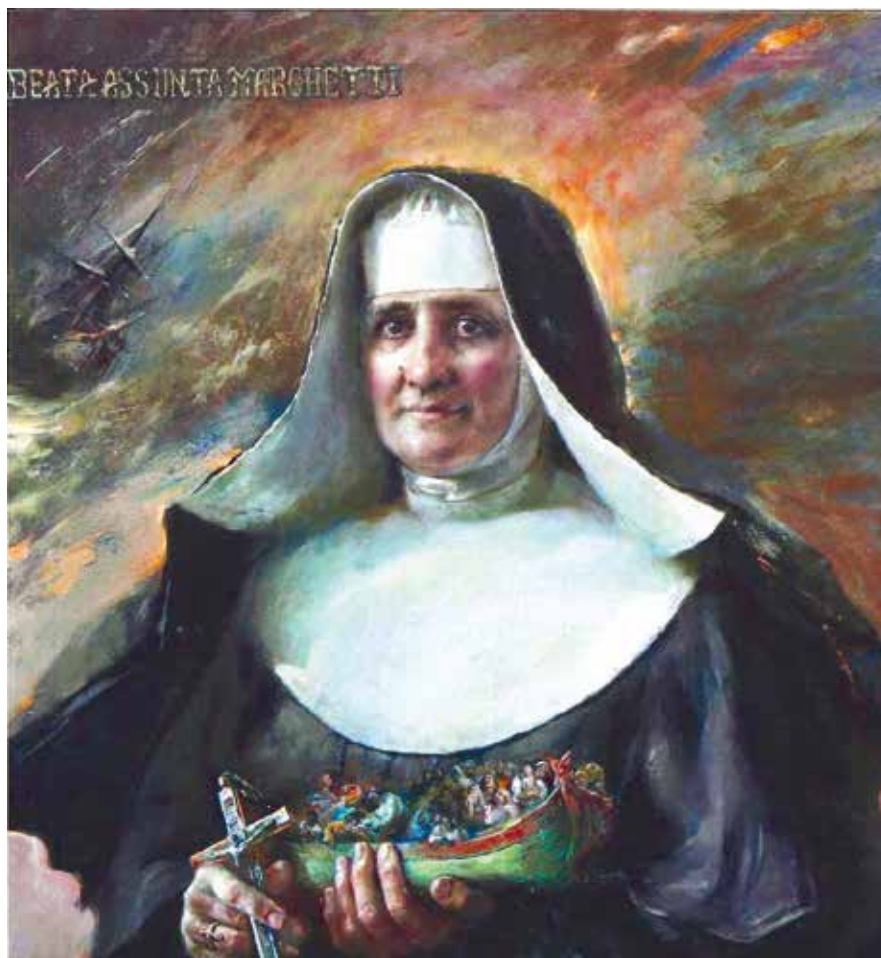
(Scalabrinianas)

Scalabrini sabía que su obra no habría sido completa sin la presencia de una Congregación de religiosas, tan necesaria para la dirección de jardines de infancia y escuelas, para la animación del catecismo y la liturgia, para la asistencia a los pobres y a los enfermos. Por ello, acarició la idea de añadir una rama femenina a sus Misioneros.

P. Perotti, "Scalabrini entrega el crucifijo", bajorrelieve - Iglesia de San Antonino, Piacenza



Pero no era fácil de realizar. Pudo realizarse gracias a una de esas circunstancias providenciales (como las llamaba Scalabrini) que en ese preciso momento de la historia se le presentó en la persona de su jovencísimo misionero el padre Giuseppe Marchetti. Nacido en Camaione (Lucca) el 3 de octubre de 1869, fue ordenado sacerdote en 1892. Mientras acompañaba a un grupo de feligreses que emigraban a Brasil en el puerto de Génova, recordó algo que le había ocurrido dos años antes. El 25 de abril de 1892, como sacerdote recién ordenado, había asistido a una emotiva conferencia en la iglesia de Servi, en Lucca. Un obispo, conocido por todos como el apóstol de los emigrantes, tomaba la palabra para llamar a las personas de buena voluntad a organizar la asistencia religiosa, social y jurídica de los "débiles", obligados a emigrar para evitar el hambre. Esas palabras resonaban en su mente mientras acompañaba a la mitad de su pequeña parroquia al barco. También recordó que el obispo Monseñor Scalabrini había creado un Comité de la "Sociedad San Raffaele" en Génova para la protección los que partían. Tan pronto como fue posible, se puso en contacto con el obispo de Piacenza, que le confió la tarea de acompañar a los emigrantes en sus travesías como capellán de a bordo. Durante el segundo viaje, que comenzó el 26 de diciembre de 1894 en el bastión "Giulio Cesare", fue testigo de un drama que iba a ser decisivo para su vida. Una joven novia murió, dejando a su hijo recién nacido en los brazos de su padre, que amenazó desesperadamente con arrojarse al mar. El padre Marchetti consiguió tranquilizarle prometiendo que él mismo se encargaría del niño. Cuando llegó a Brasil, tuvo una idea valiente: fundar un orfanato para los hijos de los italianos. La Providencia le fue especialmente favorable: ya el 15 de febrero de 1895, gracias a la generosidad de un benefactor, pudo bendecir la primera piedra del Orfanato Cristóbal Colón en el Alto de Ipiranga (São Paulo). Entonces se hizo urgente contar con un grupo de Hermanas para dirigir la obra. Para ganar tiempo, pensó primero en su madre Carolina, en su hermana Asunta y en dos buenas jóvenes de Compignano (Lucca) de las que había sido director espiritual. Regresa a Italia y el 24 de octubre de 1895 se presenta al obispo de Piacenza, su superior,



Natalia Tsarkova - Beata Assunta Marchetti

junto con su madre y las tres jóvenes. Al día siguiente, en la capilla del obispado de Piacenza, pronunciaron los votos temporales en manos de monseñor Scalabrini y recibieron de él el mandato misionero, el crucifijo y las primeras directrices de su vida religiosa. El padre Marchetti, en cambio, hizo votos perpetuos como misionero Scalabriniano. Aquella celebración del 25 de octubre de 1895 marcó la fecha oficial de fundación de la nueva Congregación a la que se transmitió el mismo carisma de los misioneros de San Carlos, es decir, la labor misionera en favor de los emigrantes italianos. Hoy, la Congregación fundada por Monseñor Scalabrini reconoce también a dos cofundadores: el padre Giuseppe Marchetti y su hermana Asunta. Esta última se convirtió en la primera superiora general de la nueva Congregación y, asistida hasta 1905 por el obispo Scalabrini, la guió hacia la plena madurez con gran sabiduría y santidad.

El 9 de octubre de 2013, el Papa Francisco reconoció la autenticidad del milagro atribuido a Asunta Marchetti, permitiendo su beatificación, que se celebró en la Catedral Metropolitana de Nossa Senhora da Assunção en São Paulo el 25 de octubre de 2014.

SCALABRINI VISITA A LOS MISIONEROS Y EMIGRANTES EN ESTADOS UNIDOS Y BRASIL

1901 – ESTADOS UNIDOS

El obispo de Piacenza fue un protagonista indiscutible en el mundo de las migraciones. Como "Padre de los emigrantes", no podía terminar esta dura y fascinante aventura sin hacer él mismo una experiencia directa entre las comunidades italianas de ultramar. La oportunidad se le presentó en 1901, después de haber celebrado solemnemente su Jubileo Episcopal (15-17 de junio) en Piacenza. Misioneros y obispos de Estados Unidos le invitaban hacía tiempo a visitar ese gran país de la inmigración. Scalabrini, con la bendición del Papa León XIII, se embarcó en Génova el 18 de julio, hizo escala en Nápoles y emprendió con ansiedad el viaje de 15 días que le llevaría a Nueva York. Con él viajaban 1.200 emigrantes. Para ellos celebraba la Eucaristía todos los días, administraba la Primera Comunión y la Confirmación a varios chicos, daba clases de catecismo, atendía a los enfermos. En los Estados Unidos, era esperado con impaciencia por la numerosa colonia italiana, pero poco estimado por la población local y por el propio clero, generalmente de origen irlandés, porque eran demasiado diferentes estos pobres infelices que los "agentes de migración" sin escrúpulos volcaban sobre esas playas en condiciones piadosas; sus lenguas y dialectos, su cultura, sus manifestaciones religiosas eran demasiado disímiles. Scalabrini desembarcó el 3 de agosto en Nueva York. Después de visitar las dos primeras iglesias de sus misioneros (San Joaquín y Nuestra Señora de Pompeya) inició una interminable peregrinación. Recorrió unos 15.000 km. A menudo dormía en el tren para no perder tiempo. Visitó decenas de ciudades; entre muchas otras, Newark, New Haven, Boston, Siracusa, Utica, Cleveland, Detroit, Kansas City, Cincinnati, Baltimore, Providence... En todas partes fue recibido por numerosas y conmovidas comunidades italianas. La iglesia del Sagrado Corazón de Boston, por ejemplo, a pesar de ser

muy grande, no podía acoger ni a la mitad de los fieles que acudieron. El obispo salió con la custodia al final de la celebración y bendijo a una multitud de personas que se agolpaban en la plaza. En la Casa Blanca, en Washington, visitó al Presidente Theodore Roosevelt, ante quien defendió calurosamente a las comunidades italianas en Estados Unidos. También presidió reuniones, predicó retiros espirituales y pronunció 340 discursos: el más famoso fue el que pronunció en el Club Católico de Nueva York, en el que expuso su visión teológica sobre la migración humana. Sus mayores consuelos vinieron de sus misioneros, de los que no escuchó más que elogios. El obispo de Harrisburg le dijo un día: 'Sus misioneros son sacerdotes admirables... Sólo tenemos una queja: que son pocos. Tomó el barco de vuelta el 12 de noviembre. Desembarcó en Nápoles el día 26 y se dirigió inmediatamente a Roma, donde explicó al Papa, al Ministro de Asuntos Exteriores y a Propaganda Fide las condiciones y perspectivas de las comunidades italianas en Estados Unidos. Llegó a Piacenza el 4 de diciembre y fue recibido con una impresionante manifestación en la catedral al canto de un solemne "Te Deum". Y seguía repitiendo: *"Los consuelos superaron los modestos esfuerzos. En todas partes encontré una verdadera explosión de entusiasmo religioso y patriótico"*.

Scalabrini en la iglesia italiana de Utica (Nueva York), 1901





Scalabrini visita el orfanato de niñas en Brasil, 1904

1904 – BRASIL

A su regreso de Estados Unidos, el obispo de Piacenza reanudó su quinta visita pastoral a la diócesis. Muchos le disuadieron de realizar viajes extenuantes: las últimas subidas a los pueblos de los Apeninos realizadas a caballo ya habían agravado su enfermedad. Además, ya no era joven: tenía 62 años. Pío X, su gran amigo, le instó a realizar también un viaje a Brasil. Así que retomó el estudio del portugués, redactó su testamento y dejó Piacenza el 13 de junio de 1904. Hizo una breve visita al Papa, que lo abrazó; luego, el 17 de junio, se embarcó en Nápoles. Le acompañaron 6 de sus jóvenes misioneros, que se convirtieron en capellanes de bordo para los 500 emigrantes que viajaban con ellos, lo que permitió al obispo tomarse un descanso muy necesario. Tras una breve parada en Río de Janeiro, llegó a Santos el 9 de julio y fue a São Paulo en tren. Aquí tuvo lugar la recepción oficial en presencia de todas las autoridades, de la banda de los Salesianos y de la banda del orfanato del Padre Marchetti. En São Paulo, permaneció un mes y se alojó en el orfanato Cristóbal Colon.

Pudo admirar el inmenso trabajo organizado por sus misioneros: dos orfanatos con 260 niños y niñas y 300 fazendas para visitar periódicamente. Ocupó parte de su tiempo predicando ejercicios espirituales a misioneros y monjas. También visitó numerosas colonias y fazendas. Llegó hasta los estados de Espírito Santo, Río de Janeiro y Paraná. En todas partes le esperaban grandes multitudes. Permaneció 15 días en Santa Felicidade (Paraná), que era quizás la mejor de las parroquias que tenían sus misio-

neros. 'En un radio de unas cuarenta millas', escribió Scalabrini, 'irradian muchas colonias italianas... que visité todas en medio de manifestaciones indescriptibles'. A continuación se dirigió a Porto Alegre, capital de Rio Grande Do Sul, donde afrontó la parte más agotadora del viaje. Tuvo que remontar un río (12 de septiembre) hasta Estrella; luego, tras 7 horas a caballo, llegó a Encantado, acogido con inmensa alegría por toda la población. Durante 10 días, esa ciudad se convirtió en destino de peregrinación para miles de emigrantes italianos llegados de las colonias más lejanas. En Garibaldi confirmó 1.500 emigrantes. (Se calcula que durante las 5 semanas que pasó en Brasil administró la

confirmación a unas 40.000 personas). Para llegar a Veranópolis el 27 de septiembre, recorrió 54 km en un carro tirado por 6 mulas. Uno de sus misioneros escribió: "La actividad que realiza el ilustre obispo de Piacenza a una edad tan avanzada es verdaderamente prodigiosa. Basta decir que en sólo cuatro días, además de visitar las casas de sus misioneros en las fazendas, etc., ha confirmado hasta 5.000 personas, pasando de un punto a otro a pie o a caballo (por caminos a menudo horribles), por todas partes, recibiendo innumerables visitas, bendiciendo matrimonios, iglesias, cementerios, sembrando la semilla de empresas útiles, confesando, predicando dos, tres, cinco veces al día... Para poder oírle y recibir su bendición, muchos, como en Caxias, se quedaron en el patio de la iglesia toda la noche y luego se fueron, bendiciendo al santo Prelado'. Tras completar su viaje a Brasil, se dirigió a Buenos Aires, donde se reunió con su hermano Pietro, al que no veía desde hacía 36 años. El 11 de noviembre de 1904 le esperaba el vapor "Sardegna" para llevarle de vuelta a Italia. Desembarcó en Génova el 5 de diciembre. Al día siguiente llegó a Piacenza para cantar el "Te Deum" en la catedral en medio de una multitud entusiasta. Pío X le envió una medalla de oro y una carta en la que le invitaba a ir a Roma para informar de los acontecimientos del viaje. Pero su cuerpo agotado por demasiadas fatigas ya no le permitía salir de Piacenza. La muerte se acercaba inexorablemente. Un misionero escribió: "Es opinión común que él mismo contribuyó en no poca medida a la dolorosa catástrofe con las penalidades de aquel viaje... Si esto fuera así, tendríamos una razón más para saludar a Monseñor Scalabrini como apóstol y mártir de los emigrantes italianos".

NACIMIENTO AL CIELO

1° DE JUNIO DE 1905

Se dice que el Papa Pío X, en reconocimiento de los méritos adquiridos, propuso a Scalabrini una promoción: la sede arzobispal de Rávena o el patriarcado de Venecia o la púrpura cardenalicia. Pero el obispo de Piacenza, en su humildad, no pensaba ciertamente en ascensos y honores. Al regresar de su viaje a Brasil (diciembre de 1904), concluyó su quinta visita pastoral y convocó la sexta: inició los preparativos del II Congreso Catequético Nacional y entregó al cardenal Merry Del Val el "memorial" en el que pedía a la Santa Sede la creación de

una Comisión Central para todos los "migrantes católicos". A estas alturas sus fuerzas ya no podían sostenerlo. *"Estoy cansado hasta la muerte"*, confesaba a sus amigos. La enfermedad (hidrocele) que le había atacado en mayo de 1894 durante la visita pastoral a Bardi, se había agudizado durante el viaje a Brasil a causa de los estresantes cabalgadas. Ahora estaba empeorando día a día. En mayo de 1905 los médicos tomaron la decisión: era necesario operar. El 27 de mayo, Scalabrini se confesó, pasó la noche en adoración ante el Santísimo Sacramen-

Urna del Santo en la Catedral de Piacenza



to y luego se encomendó al cirujano. Inmediatamente tuvo la sensación de que el final podría ser inminente. El 31 de mayo, pidió que le trajeran el Viático de la catedral en forma solemne, renovó su profesión de fe, pidió perdón a todos. A continuación, recibió la unción de los enfermos y siguió el rezo de las oraciones por una buena muerte con una devoción edificante. Dio las gracias por el anuncio de que Pío X le enviaba una bendición especial; luego suspiró: "Señor, estoy listo; vámonos". Ahora, en el delirio, repitió ansiosamente: "*¿Y mis sacerdotes? ¿Dónde están mis sacerdotes? Déjenlos entrar*". El 1 de junio, fiesta de la Ascensión, poco antes de las 6, entregó su alma a Dios. Esa mañana las campanas de la ciudad anunciaron a los fieles no sólo la subida de Jesús al cielo, sino también el regreso al Padre de su amado Pastor. El funeral fue apoteósico. Nunca antes se había visto tal multitud pasar junto a un ataúd. El periódico "*La Libertà*" señalaba: "*Son verdaderas peregrinaciones de obreros y campesinos, que han venido de todas las partes de la diócesis para ver por última vez la imagen bendita de su obispo, aunque velada por la muerte*". Sus restos fueron enterrados en el cementerio de Piacenza. En 1909 fueron trasladados solemnemente a la espléndida catedral románica que él mismo había hecho restaurar (1897-1901). Su cuerpo, visitado por muchos peregrinos, se encuentra en esta catedral y puede verse en una hermosa urna junto al altar del Santísimo Sacramento.

A LA GLORIA DE LOS ALTARES

La gente había exclamado inmediatamente: "¡Ha muerto un santo!" Monseñor Ersilio Menzani, su segundo sucesor en la cátedra de Piacenza durante 40 años, apoyado por el impulso de Pío XI, abrió en 1936 el proceso informativo diocesano sobre la fama de santidad y las virtudes de monseñor Scalabrini; el 30 de marzo se publicaron los decretos de apertura de los "procesos apostólicos". El 11 de mayo de 1982 Juan Pablo II ratificó el decreto de introducción de la causa de beatificación y el 16 de marzo de 1987 declaró solemnemente que el Venerable Juan Bautista Scalabrini había ejercido las virtudes teologales y cardinales en grado heroico. El 9 de noviembre, San Juan Pablo II beatificó al "padre de los emigrantes" en la Plaza de San Pedro de Roma, abarrotada de fieles. En este año 2022, año Scalabriniano proclamado para celebrar el 25º aniversario de su beatificación, el Papa Francisco ha reconocido la gran devoción que rodea a Scalabrini en todas las partes del mundo y ha decidido proclamarlo santo, para extender su culto oficial a toda la Iglesia.

Beatificación, noviembre de 1997





Las Direcciones Generales de los tres institutos de la Familia Scalabriniana, 2022

LOS TRES INSTITUTOS DE LA FAMILIA SCALABRINIANA

LA CONGREGACIÓN DE LOS MISIONEROS DE SAN CARLOS, SCALABRINIANOS

Los Misioneros Scalabrinianos son unos 650 religiosos repartidos por 33 países del mundo. En los primeros 50-60 años de su historia, la Congregación se extendió principalmente en Estados Unidos y Brasil. Estas eran las naciones a las que Scalabrini había enviado los primeros misioneros. La fuerte disminución de las expatriaciones en el periodo de entreguerras, debido tanto a las leyes restrictivas adoptadas por los Estados Unidos en 1921-1924 como a la política anti migratoria del régimen fascista, había llevado a una estabilización de las misiones y los misioneros. También el envío de misioneros desde Italia había disminuido, debido al abandono de los votos religiosos poco después de la muerte del Fundador y a la administración extraordinaria de la Congregación (que se convirtió en una Pía Sociedad) por parte de la Congregación Consistorial.

La reanudación de los votos religiosos en 1934, unida a un aumento de las vocaciones, gracias a los nuevos seminarios en Italia y luego en Estados Unidos y Brasil, dio nueva vida a las misiones y permitió disponer de misioneros para nuevos destinos. En la segunda mitad

de la década de 1930, los Scalabrinianos comenzaron a enviar misioneros a Europa, primero a Francia y luego a Alemania y Suiza, para sustituir a los misioneros bonomelianos, cuya institución había sido disuelta por la Santa Sede en 1927. Diez de ellos fueron "capellanes de trabajo" para los italianos en los campos de concentración de Hitler. Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, la reanudación de la emigración a Argentina y la apertura a Venezuela, Canadá y Australia propiciaron el desarrollo misionero en esos países.

En los años 60 maduró la necesidad de ampliar la finalidad de la Congregación, para responder a los cambiantes flujos migratorios, ampliando el carisma para atender a los migrantes de todas las nacionalidades. Con las nuevas "Reglas de Vida" comenzó una nueva vitalidad y expansión de la Congregación. Se reforzaron los seminarios en América Latina y se abrieron misioneros en Asia, y los seminarios de Filipinas, Indonesia y Vietnam permitieron ampliar la presencia en ese continente. Hoy en día la Congregación también está presente en África, por lo tanto en todos los continentes. Los Scalabrinianos se comprometen a traducir el carisma del Fundador en la misión que la Iglesia les confía entre los migrantes. Por eso, en el encuentro con los migrantes, se abren al encuentro con Dios; se hacen compañeros de los migrantes para descubrir con ellos que Jesús es parte del camino; promueven el respeto a la

dignidad del migrante; crean fraternidad en la sociedad y en la Iglesia; apoyan la libertad cultural de los migrantes, portadores de derechos y deberes; testimonian con ellos la pertenencia al Reino anunciado por Jesús.

En el campo pastoral, los misioneros Scalabrinianos trabajan ante todo en las parroquias, misiones y capellanías, lugares donde se reconstruye la comunidad y la comunión, se escucha la Palabra y se celebra la Eucaristía. Para los que están lejos de su tierra, la asistencia a las parroquias y a las misiones hace posible que se sientan acogidos, que se sientan en casa. Hay más de 170 misiones Scalabrinianas en todo el mundo.

Desde el principio, los Scalabrinianos también han estado presentes en los puertos. Es una presencia que continúa ahora junto a los marineros y pescadores, importantes categorías de movilidad humana. El apostolado del mar cumple ahora 100 años y la presencia entre los marinos ha sido rebautizada como "Stella Maris". Los puertos en los que operan los Scalabrinianos están en Buenos Aires, Montevideo, Santos, Río de Janeiro, Ravena, Ciudad del Cabo, Manila, Kaohsiung, Keelung, Tokio y Guatemala.

Siempre, lo primero que necesitan los emigrantes es una bienvenida. Por ello, los misioneros Scalabrinianos han desarrollado una red de "casas de emigrantes", actualmente 27, repartidas principalmente por América y Asia. Son lugares donde los migrantes encuentran refugio. Pero también son lugares donde encuentran formación para poder entrar en el país de destino con un trabajo. Para las víctimas de la trata, son lugares de refugio para escapar de sus explotadores. La atención pastoral con los migrantes no se detiene sólo en el momento de la llegada, sino que continúa también cuando los migrantes envejecen y no han podido realizar su sueño de volver a su país: para ellos, en América del Norte, Europa y Australia, los misioneros Scalabrinianos han desarrollado una docena de estas



Estatua y placa conmemorativa del Año Scalabriniano, Casa Madre de los Misioneros Scalabrinianos (PC)

estructuras, que intentan reproducir para los emigrantes el ambiente del pueblo de origen.

La sensibilidad por la atención a los migrantes implica una estrecha colaboración entre los Scalabrinianos y la Iglesia local. En particular, los Scalabrinianos ofrecen su experiencia en las oficinas que la Iglesia establece específicamente para la atención pastoral con los migrantes, como las comisiones de las Conferencias Episcopales y las de las diócesis. Hay casi 30 oficinas de la Iglesia para la migración en las que los Scalabrinianos prestan servicio, incluido el Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral. En sus actividades, la Congregación se ocupa de la



Misioneros Scalabrinianos en Tijuana, en la frontera entre México y Estados Unidos

formación y facilita la participación de los laicos. Los laicos Scalabrinianos son personas que comparten el carisma Scalabriniano y dedican su profesionalidad y su tiempo en las diversas áreas en las que opera la Congregación. Junto a estos ámbitos pastorales, han parecido necesarios los servicios pastorales: actividades de apoyo a la pastoral directa, tanto hacia la Iglesia y a la sociedad en general como dentro de la congregación. Para poder actuar correctamente en el mundo de las migraciones, es necesario conocerlas. Por ello, desde 1963, los Scalabrinianos han establecido una red de centros de estudio que profundizan en el análisis de las migraciones, dialogan con otros institutos académicos, organizan investigaciones y conferencias y publican revistas científicas; están situados en Roma, París, Nueva York, Sao Paulo, Buenos Aires, Manila y Ciudad del Cabo. Dada esta larga y compleja experiencia, los Scalabrinianos también se dedican a la enseñanza y a la animación pastoral. Estas actividades son llevadas a cabo principalmente por el Instituto São Paulo de Estudios Superiores (ITESP), que ofrece un programa completo de enseñanza de la teología, incluyendo la teología de la migración, y el Instituto Scalabrini de Migración Internacional (SIMI), que tiene un programa en línea de enseñanza de la teología de la migración.

La presencia en el mundo de la comunicación se realiza a través de una red Scalabriniana de emisoras de radio, que operan principalmente en Rio Grande do Sul, Brasil, y a través de publicaciones periódicas impresas. La revista "Scalabriniani" (y sus versiones en otros idiomas) llega a la red de amigos y simpatizantes de la Congregación. Los diversos programas que utilizan los modernos medios de comunicación social informan continuamente al público sobre las actividades que realiza la congregación, mientras que el Instituto Histórico Scalabriniano lleva a cabo investigaciones y publicaciones para profundizar en el conocimiento del Fundador y de las actividades de los primeros misioneros, así como en las lecciones que se pueden extraer de la evolución del servicio de la congregación a la Iglesia en sus más de 130 años de historia.

Para las actividades sociales, los Scalabrinianos utilizan como órgano de apoyo la "Red Scalabrini de Migración Internacional (SIMN)", [Scalabrini International Migration Network], que también participa activamente en el diálogo con las Naciones Unidas y otras organizaciones internacionales para mejorar y reforzar sensiblemente los compromisos de la comunidad internacional y la sociedad civil en favor de los migrantes.



Roma, Procesión del Señor de los Milagros

La pastoral Scalabriniana

Los misioneros Scalabrinianos trabajan al servicio de la Iglesia. En sus muchos años de historia, han aprendido de la enseñanza del Fundador y de la experiencia cómo estar presentes entre los emigrantes. Se trata de una presencia y estilo que cambian según el país en el que se encuentren, las directrices de la Iglesia local y las necesidades de los emigrantes con los que se encuentren. Sin embargo, hay algunas características que la pastoral Scalabriniana ha desarrollado. Es una pastoral que requiere una lectura interdisciplinaria actualizada de la migración; que se funda en una lectura de fe de la migración, que se deriva de las enseñanzas del Fundador, implementada con fidelidad creativa y que

se declina a lo largo del eje de la memoria y la profecía; es una pastoral orgánica e integral, que incluye el compromiso con la justicia, el reconocimiento y la defensa de la dignidad y los derechos de los migrantes, que implica una acción en comunión y al servicio de la Iglesia local y que consiste en el anuncio de que el Reino está en medio de nosotros y Cristo es el camino; se realiza como una práctica intercomunitaria que busca y propone caminos de comunión y privilegia el encuentro con los migrantes que están más al margen en el camino; que está muy atenta a valorizar las iniciativas que hacen a los migrantes capaces de dar razón de la esperanza de la que también emigrar es una expresión.

LA CONGREGACIÓN DE LAS HERMANAS MISIONERAS DE SAN CARLOS BORROMEO - SCALABRINIANAS

Fue fundada, como se ha dicho, por Scalabrini el 25 de octubre de 1895, con la admisión a los votos religiosos, la entrega del Crucifijo y el envío misionero de las cuatro primeras hermanas -Carolina Marchetti, Asunta Marchetti, Angela Larini y Maria Franceschini- preparadas, reunidas y presentadas a Scalabrini por el padre Giuseppe Marchetti, misionero Scalabriniano y cofundador de la Congregación, que contribuyó mucho a sostener el espíritu de generosidad misionera Scalabriniana de las primeras miembros de la nueva congregación. El Orfanato Cristóbal Colón, de Ipiranga, en São Paulo - Brasil, acogió la primera comunidad de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo, Scalabrinianas (MSCS), y los huérfanos allí acogidos fueron los primeros destinatarios de su misión. Los inicios de la Congregación estuvieron acompañados de sucesivas dificultades. Gracias a la fidelidad carismática de la cofundadora, la beata Asunta Marchetti, la identidad de la congregación se estableció en la Iglesia. El decreto de Pío XI del 13 de enero de 1934, por el que se aprueban las nuevas constituciones ad experimentum por siete años, legitimó a la Congregación como Instituto Religioso de Derecho Pontificio. Tras el Concilio Vaticano II, las constituciones fueron renova-

das, entrando en vigor ad experimentum en la Navidad de 1971 y aprobadas definitivamente el 1 de junio de 1985, fiesta del Beato Scalabrini.

Hoy la Congregación está presente en 26 países, con unas 520 Hermanas, y está formada por tres Provincias: la Provincia de San José, con sede en Piacenza, Italia; la Provincia de Nuestra Señora de Fátima, con sede en Melrose Park, IL, EE.UU.; la Provincia de María, Madre de los Migrantes, con sede en Sao Paulo, SP, Brasil; y una delegación, con sede en Manila, Filipinas. La reinterpretación del carisma hecha en el capítulo especial, 1969-1971, especialmente la opción por el servicio pastoral con los emigrantes de todas las nacionalidades, favoreció una mayor internacionalización de la Congregación de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo Scalabrinianas.

Fiel a la misión que la Iglesia le ha confiado, la Congregación tiene como objetivo propio el servicio evangélico-misionero a los emigrantes, preferentemente a los más pobres y necesitados. El espíritu que anima a la Congregación es el de la comunión universal porque pretende hacer visible la vocación de sus miembros a reconocer y amar a Cristo en la persona del emigrante.

Roma, Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo - Scalabrinianas en una casa con mujeres refugiadas



Misión apostólica

El campo de acción en los países donde la Congregación está presente es amplio: escuelas, hospitales, Centros de Asistencia Psicosocial (CAPS), Centros de Salud Alternativa en Brasil, Hogares y Centros de acogida y promoción de migrantes y refugiados, presencia en la coordinación de la Pastoral de la Movilidad Humana en las Conferencias Episcopales. La Congregación, teniendo en cuenta la realidad actual del mundo de los migrantes y refugiados, en el proceso de reorganización interna del Instituto ha prestado gran atención a una acción más integrada en el cuidado de la fe y la defensa de los derechos de los migrantes y refugiados. Desde 2018, la Congregación ha puesto en marcha un proyecto específico, caracterizado por una presencia temporal, con migrantes y refugiados en situación de emergencia, y denominado Servicio Itinerante, que se desarrolla en diferentes partes del mundo. Con esta acción específica, la Congregación ofrece su contribución para que los migrantes y refugiados, especialmente las mujeres y los niños, en situaciones de emergencia y en condiciones de vulnerabilidad, tengan garantizado el respeto a su dignidad, la atención a las necesidades básicas y el acceso a las oportunidades de promoción humana.

En 1988, la Congregación de las Hermanas MSCS creó el Centro Scalabriniano de Estudios Migratorios (CSEM), con sede en Brasilia, que trabaja en colaboración con las universidades y la sociedad civil, promoviendo seminarios, investigaciones, estudios y conferencias con especial atención al protagonismo de los migrantes. Las Hermanas Misioneras Scalabrinianas, en sus áreas de actividad apostólica, se comprometen a profundizar en las dimensiones espiritual, bíblica, social, cultural y metodológica a través de cursos específicos, seminarios y encuentros de formación promovidos por la propia pastoral de la movilidad humana, a través de los organismos eclesiales en los que participan. A través de la articulación, sinergia y coordinación con otros sectores de la pastoral de la Iglesia local, las Hermanas buscan nuevas estrategias y modos de formación y sensibilización con vistas a la acogida, solidaridad e integración de los migrantes en la comunidad eclesial. La acción misionera de la Congregación se desarrolla a través de las siguientes macro-estrategias: Acogida, asistencia y protección en las emergencias y situaciones de vulnerabilidad; Promoción e integración; Animación y coordinación de la pastoral con migrantes y refugiados; Atención prioritaria a mujeres y niños; Fortalecimiento del papel y liderazgo de los migrantes y refugiados; Formación y sensibilización; Incidencia, advocacy y networking.

LAS MISIONERAS SECULARES SCALABRINIANAS

Inicios y difusión

"Nuestra espiritualidad se inspira en el obispo G.B. Scalabrini, padre y apóstol de los emigrantes, y alcanza su plenitud en la acogida de Jesús crucificado y resucitado, compañero indivisible, reconocido especialmente en los emigrantes más pobres y desarraigados": así lo expresan las Constituciones (art. 7) de las Misioneras Seculares Scalabrinianas, cuya historia comenzó 56 años después de la muerte del beato G.B. Scalabrini.

De hecho, su viaje comenzó el 25 de julio de 1961. Adelia Firetti, una joven maestra de Piacenza, había llegado a Solothurn (Suiza) unos días antes por invitación de los Misioneros Scalabrinianos para poner en marcha una escuela para los hijos de los emigrantes italianos, un proyecto que, de hecho, no pudo comenzar por dificultades con las instituciones italianas. Sin embargo, Adelia optó por quedarse en Solothurn, comprendiendo que donde se cerraba una puerta, podía abrirse un futuro en el seguimiento de Jesús crucificado y resucitado. Fue en esta disponibilidad incondicional que -en medio de la migración y en contacto con el testimonio de acogida y servicio de los Misioneros Scalabrinianos- comenzó el camino de las Misioneras Seculares Scalabrinianas, que la Iglesia aprobó definitivamente como Instituto Secular el 15 de abril de 1990, día de Pascua.

En la actualidad, las Misioneras proceden de diferentes países, están presentes en Europa, América Latina y Vietnam y se hacen compañeras de viaje de los migrantes, con los cuales viven su consagración secular -a través de los votos de pobreza, castidad y obediencia- desde las situaciones ordinarias de la vida y los ambientes más di-

Misioneras Seculares Scalabrinianas con jóvenes durante una reunión en Solothurn (Suiza)



versos de nuestras sociedades multiétnicas: consagración plena y secularidad plena.

Son especialmente activas en el ámbito social, cultural y pastoral, en los sectores escolar, médico-hospitalario y artístico; en el ámbito universitario y de investigación científica a diversos niveles; así como en la formación y el anuncio cristiano, dirigido especialmente a los jóvenes, para favorecer el crecimiento de la comunión entre las diversidades y la experiencia de la dimensión católica de la Iglesia.

Su vocación específica les llama a reconocer en los lugares sociológicos de la vida cotidiana el "lugar teológico" donde está presente el Espíritu de Cristo crucificado y resucitado, el tesoro escondido que quiere llevar toda la realidad a su plenitud (cf. Pablo VI, Discurso a los Institutos seculares, 25 de agosto de 1976). Sin signos externos que las distingan y sin obras estables, su misión se concreta en una especial atención a las relaciones y a la persona, a través de la acogida y la valoración de las diferencias que las migraciones acercan, colaborando a todos los niveles para derribar los muros de la división y dar cabida al proyecto de Dios para el mundo. Los migrantes se convierten entonces en un emblema de ese desafío cultural que provoca que todo pueblo, grupo y persona se abra al diálogo; de ese desafío social que cuestiona la convivencia en nuestras ciudades; de ese desafío humano que pone al descubierto cuánto de la dignidad de cada vida sigue sin ser reconocida; y, no último, de ese desafío eclesial que insta a la Iglesia a reconocer en la presencia de los migrantes un signo profético de su "catolicidad".

Desde el principio en el camino de las Misioneras Seculares Scalabrinianas, la formación se ha destacado como una prioridad de su misión. Así, con el paso de los años, surgieron los "Centros Internacionales G.B. Scalabrini". Tanto en Solothurn como en Stuttgart, Milán, São Paulo y Ciudad de México, el proyecto de formación de los Centros Internacionales se centra en la persona y en las relaciones, punto de partida para la transformación de la sociedad y sus estructuras.

Se ofrecen como lugares de encuentro abiertos a todos, y especialmente a los migrantes y a los jóvenes, para que experimenten que la comunión entre las diversidades es posible y descubran, incluso dentro de la problemática realidad de las migraciones, las posibilidades de una nueva convivencia basada en la estima de cada persona en su singularidad.

De este modo, el objetivo formativo de los Centros se convierte en un servicio en y con las iglesias locales para el crecimiento de la dimensión "católica" de la Iglesia, que, acogiendo a los migrantes de toda cultura y origen, puede expresar su rostro universal, su origen mismo de Pentecostés, su ser "signo e instrumento" para que la humanidad sea una sola familia de todos los pueblos.



Italia, Jóvenes durante experiencias de servicio con migrantes y refugiados

MOVIMIENTOS LAICOS SCALABRINIANOS

En las últimas décadas los Scalabrinianos han sentido la necesidad de una colaboración más estrecha con los laicos. Se trata de una opción que sigue la línea pastoral de Scalabrini, que escribió a los laicos en varias ocasiones: *"Ustedes no son una vejez que tramonta, sino una juventud que se levanta. Les corresponde tomar las riendas de la sociedad, rehacerla cristianamente con una amplitud de ideas y una tenacidad de propósitos... solícitos, más que de la forma política, de la justicia y de la santidad de las leyes, convencidos de que la religión, esencialmente superior a los partidos civiles... no debe servir a nadie como partido. El laico descubre y revela en las realidades temporales el reflejo de la eternidad. Es un sacerdote del hogar y de la sociedad civil. Es un apóstol de la verdad, de la palabra y del ejemplo, de la caridad y de la verdadera civilización, del auténtico progreso. La Iglesia es suya, como lo es del clero. Como propia la ama, la defiende y la proclama con valor. No se avergüenza del Evangelio: en un siglo secularizado, lo testimonia abiertamente, con la profesión explícita de fe, con coherencia, con la energía de sus convicciones, con actividad concertada y disciplinada".* Por eso había fundado la asociación "San Rafael" y pedía a sus Misioneros que promovieran en las parroquias de América grupos de laicos comprometidos en hacer más humana y cristiana la vida de los emigrantes. Muchos laicos han respondido: *"¡Scalabrini también es nuestro!"*. Por eso se están constituyendo en todo el mundo, aunque de forma diferente, grupos de voluntarios y simpatizantes que, en su autonomía, colaboran con los Scalabrinianos, en Italia y en el extranjero, en las diversas obras sociales encomendadas a la Congregación, laicos que desean dedicar parte de su tiempo a diversos campos: escuela, salud, animación, política, estudio, investigación.



SU LEGADO

Toda la vida de monseñor Scalabrini estuvo animada por un ardiente amor a Dios y al prójimo.

El modelo de su trabajo fue siempre Jesús, el Hijo de Dios. Escribió primero que todo para sí mismo las palabras que dirigió a los fieles en su carta para la Cuaresma de 1878: *"Jesús como espejo, Jesús como modelo, Jesús como sello. Él para dictar sentencias, para trazar los caminos, para decidir las opciones; Él para gobernar, para dirigir, para dominar nuestras vidas"*.

Esta fe profunda, cultivada en la oración y la meditación, se transformaba entonces en amor por sus hermanos, especialmente los más pobres. Así se lo había propuesto desde la primera carta pastoral (1876): *"En cuanto a mí (...), lo abrazaré todo en mi ministerio, haciéndome el servidor de todos por el Evangelio (...); y enviado en primer lugar a los pobres y a los más desgraciados (...) sufriré con ellos, trabajando sobre todo para ayudar y evangelizar a los pobres"*. Encontramos aquí la primera gran herencia, que dejó a los sacerdotes y a sus hijos. En primer lugar, el amor a Dios, que debe ocupar el lugar de honor en la necesaria síntesis de la vida contemplativa y la actividad religiosa y misionera. Pero el amor al prójimo tampoco debía conocer barreras. *"¡Fuera de la sacristía!"*, repetía a los sacerdotes. Y de nuevo: *"Trabajar, esforzarse, sacrificarse en todos los sentidos para expandir el Reino de Dios aquí*

abajo y salvar almas; ponerse, por así decirlo, de rodillas ante el mundo para implorar como una gracia el permiso para hacerle el bien, esa es la única ambición del sacerdote".

"Cada expedición de misioneros -dijo a sus sacerdotes que partían- no es otra cosa que (...) la continuación de la que hizo el Divino Maestro, cuando dijo a los Apóstoles: Id y haced discípulos a todas las naciones". El obispo Scalabrini, como sucesor de los apóstoles, se sintió siempre responsable también de la Iglesia universal. Por eso su acción fue más allá de las fronteras de la diócesis: con la Ópera Mondariso, con los Misioneros para los migrantes, con la invitación a la Iglesia a abrirse a los migrantes de todo el mundo.

Esta excepcional apertura de espíritu sigue hablando a sus hijos y les insta a estar atentos a los "signos de los tiempos", que no faltan en ningún momento de la historia. Si todo el siglo XX -como se dijo- se caracterizó por la "civilización del éxodo", los Scalabrinianos saben que esta situación de extrema movilidad social persiste aún hoy, más aún, a causa de las guerras, las persecuciones políticas, las desigualdades sociales, la pobreza y el dominio del egoísmo de los individuos y las naciones más ricas: las migraciones corren el riesgo de empobrecer a los pobres, y aún hoy, en muchos idiomas, resuena el ya recordado grito de los migrantes placentinos que es-

peraban junto al río Orinoco en América Latina: "¡Aquí vivimos y morimos como bestias!". Y la respuesta sólo puede ser la de Scalabrini: un cristianismo que colabore con todos los hombres de buena voluntad, para que a todo hombre y mujer se le reconozcan sus derechos civiles, sociales, políticos y religiosos.

Ante el continuo aumento de los problemas en el campo migratorio internacional y gracias a los impulsos siempre nuevos del Espíritu de Pentecostés, los Scalabrinianos son conscientes de que siguen en medio de una misión, que el Fundador vivió primero y les dejó como legado.

Scalabrini escribió: *"Ganar a todos para Cristo, esa es la constante, la suprema aspiración de mi alma"*.

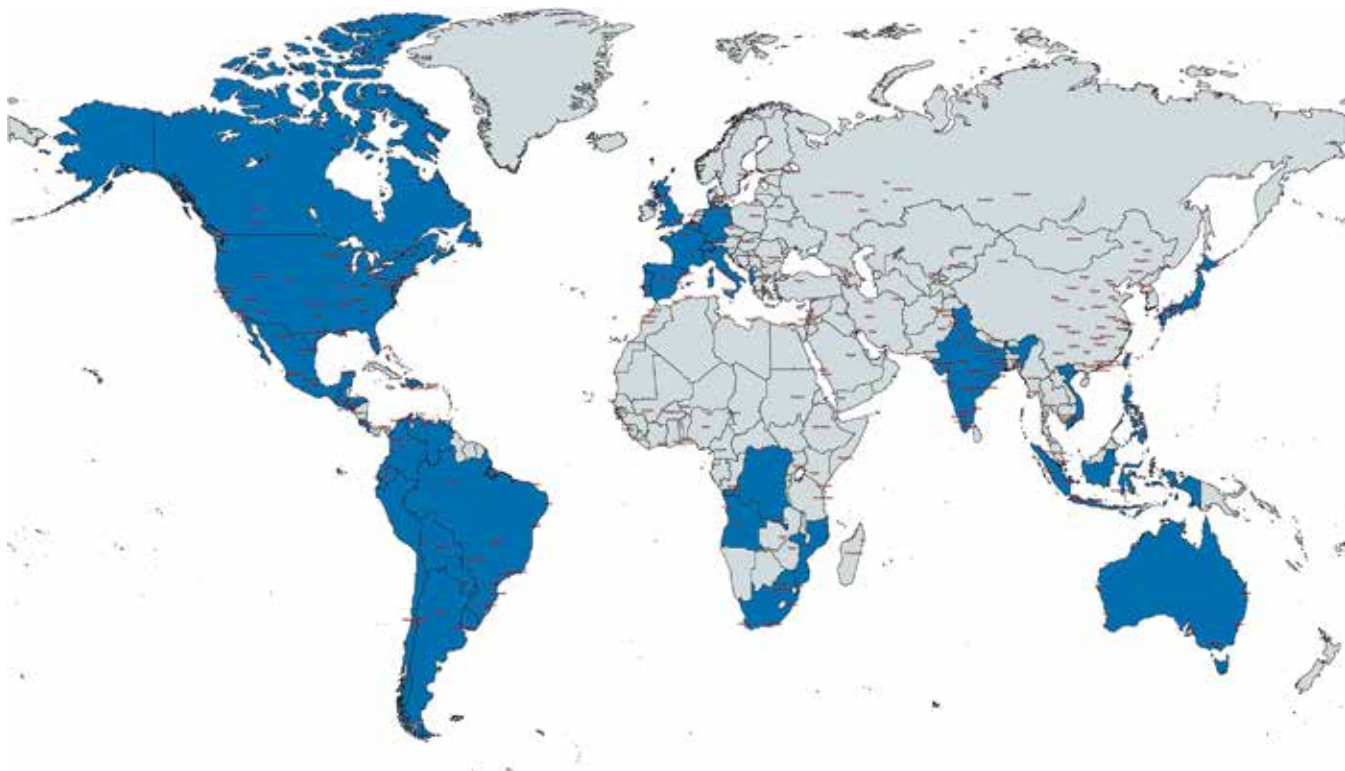
Realizar este ideal significaba para él colaborar en la realización del proyecto final de la historia de la humanidad, que -afirmó en el discurso del Club Católico de

Nueva York (1901)- vería *"la unión en Dios, por medio de Jesucristo, de todos los hombres de buena voluntad"*. Y concluía: *"Los siervos de Dios, que trabajan (...) para el cumplimiento de sus designios, son numerosos en todas las épocas, pero en las grandes épocas históricas de renovación social son más de lo que sabemos, más de lo que pensamos"*.

Scalabrini era uno de estos servidores, entre los más prestigiosos. Y también quería que sus hijos estuvieran en primera fila, en la realización del plan de Dios: misioneros, misioneras y laicos. Los cuales, sobre todo ahora, fascinados por el ejemplo del Fundador elevado a la gloria de los altares, se sienten llamados a seguirlo como modelo, a recoger su legado, a reavivar su espíritu entre los emigrantes de toda nación, lengua y cultura. En todas las carreteras del mundo.

**Timothy Schmalz Ángeles sin saberlo,
Plaza de San Pedro - Roma, 2019**





La Familia Scalabriniana HOY

39 Naciones en el mundo
1195 Misioneros y misioneras
52 Hogares para migrantes
13 Escuelas y orfanatos
4 Hospitales
13 Centros Stella Maris

AFRICA

ANGOLA
REPÚBLICA DEMOCRÁTICA
DEL CONGO
MOZAMBIQUE
SUDÁFRICA

AUSTRALIA - ASIA

AUSTRALIA
FILIPINAS
JAPÓN
INDIA
INDONESIA
TAIWAN
VIETNAM

AMÉRICA CENTRAL Y DEL NORTE

CANADA
COSTA RICA
ECUADOR
EL SALVADOR
HAITI
HONDURAS
MÉXICO
REPÚBLICA DOMINICANA
EE.UU.

**AMÉRICA CENTRAL
Y DEL SUR**

ARGENTINA
BOLIVIA
BRASIL
CHILE
COLOMBIA
PARAGUAY
PERÚ
URUGUAY
VENEZUELA

EUROPA

ALBANIA
FRANCIA
ALEMANIA
INGLATERRA
ITALIA
LUXEMBURGO
PORTUGAL
ESPAÑA
SUIZA